JOAQUÍN DICENTA

Amor de artistas

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

AMOR DE ARTISTAS

AMOR DE ARTISTAS

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenada en el TEATRO DE SAN FERNANDO de Sevilla,
el día 14 de Mayo de 1906



MADRID
G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1906

AMOR DE ARTISTAS

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenada en el TEATRO DE SAN FERNANDO de Sevilla,
el día 14 de Mayo de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AMELIA..................	SRA.	GUERRERO.
TERESA................		ROCA.
PEPITA MARÍN..........		SALVADOR.
LA NUEVALOS...........		CANCIO.
LA PEÑAGRÍS...........		SUÁREZ.
ANDREA.................		BUENO.
EMILIO..................	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
ANTONIO................		SANTIAGO.
SANTIAGO, duque de Martoria....................		DÍAZ DE MENDOZA (M.)
GONZÁLEZ..............		SORIANO VIOSCA.
EL CONDE DE NUEVALOS		LLORENTE.
PEÑAGRÍS...............		MEDRANO.
UN CRIADO.............		CAYUELA.
OTRO...................		GIL.
PEDRO..................		URQUIJO.
PERSONAJE 1.º.........		VARGAS.
IDEM 2.º................		GUERRERO.
IDEM 3.º................		GIL.
IDEM 4.º................		JUSTE.

La acción del primer acto en una finca situada en un pueblecillo de la costa cantábrica. Los tres últimos en Madrid y San Sebastián Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de planta baja en un hotel situado á orillas del mar. Este se verá al fondo por una galería con balaustrada de mármol y columnas de mármol también. La galería estará adornada con macetones y tiestos de flores y amueblada con veladorcillos portátiles, sillas y butacas de mimbre.

Dos puertas á la derecha. La de segundo término supone comunicar con la puerta principal del hotel. La de primer término, así como otras dos que habrá en el lateral izquierda, con las habitaciones de la casa.

El mueblaje será elegante, artístico y lujoso á la vez.

En el centro una mesita cuadrada. Detrás de la mesa un sillón y encima de ella una lámpara eléctrica con pantalla verde.

Del techo penderá una bomba azul de luz eléctrica. En los cuatro ángulos de la habitación y también en el techo bombas eléctricas de cristal azul pálido como la del centro.

En las dos paredes del fondo que encuadran la entrada de la galería, alzaránse grandes jardineras ó jarrones desbordantes en flores naturales. También habrá jardineras ó jarrones con flores entre las puertas laterales y macetones con diversas plantas en los ángulos del salón.

Procúrese que las flores estén dispuestas y matizadas artísticamente, excepción hecha de una jardinera: la de la izquierda, que contendrá flores rojas y amarillas alternadas, únicamente.

La escena comienza en el crepúsculo de una tarde de Agosto.

El sol se pondrá sobre el mar, desapareciendo del horizonte á poco de alzarse el telón.

Al comenzar el acto aparecen en escena Andrea y Pedro. Andrea acabando de arreglar las flores de una jardinera. Pedro vuelto de espaldas al público como si contemplase la puesta del sol.

Pedro vestirá traje de campesino y estará en mangas de camisa. Andrea traje negro y delantal blanco con pechero.

ESCENA PRIMERA

ANDREA y PEDRO. Al final PEPITA MARIN

PED. (Encarándose con el sol poniente que desaparece poco á poco del horizonte.) ¡Anda con Dios, hombre!... Y descansar, que bastante nos has *calentao* hoy.

AND. Sí ha hecho calorcillo.

PED. ¡Calorcillo!... Ya se conoce que no ha *andao* usté por la *güerta*. Lumbre *chorriaba* el *condenao*. La sudor mía era *mesmamente* agua hirviendo.

AND. ¡Qué exageración!... ¡No ha sido para tanto!

PED. ¡Claro! Como *ustés* se pasan las horas de calor á la sombra y echándose aire con el abanico, dicen al anochecer, cuando salen á tomar la fresca: «No ha sío *pa* tanto.» Si tuvieran que aguantar el sol, como este prójimo, á cuerpo limpio y con el *azaon* por sombrilla, no hablarían así.

AND. Vaya, Pedro, que no es usted tan desgraciado. De la señorita no tendrá queja.

PED. No me quejo del ama. De quien yo me quejo es del sol. En invierno que es cuando hace falta, ó no se asoma, ó no calienta, y en verano cuece. Luego quieren que el mundo esté bien *arreglao*. No lo está el cielo, ¡*pa* que lo esté el mundo!... ¡En fin!... ¿Hacen falta más flores?

AND. No.

PED ¡*Cuidiao*, si le gustan al ama! ¡Qué simpaticona es! ¡Y qué majencia y qué aquél tiene!... Si no fuese porque ella lo dice, cualisquiera la tomaba por una cómica. *Paice* una señora.

AND. Parece lo que es. No sea usted bestia.

PED. No me gusta faltar á *naide*; pero, vamos, que yo me entiendo. Yo he visto cómicos en mi lugar que para cinco leguas de aquí y no eran como la señora.

AND. Tampoco su pueblo de usted será como la ciudad en cuyas afueras vivimos.

PED. ¡Qué va á ser!... *Tó* mi lugar cabe en esa *güerta*. ¡De *mó* y manera que los cómicos son conforme al tamaño del pueblo *ande* hacen las junciones!... Haga usté cuenta que no he hablao. Ya me callo.

AND. Es lo mejor que puede hacer. Recoja esa espuerta y la tierra que ha caído al suelo mientras arreglábamos las macetas, y váyase con Dios.

PED. Está bien. (Se pone á recoger en la espuerta la tierra que habrá caído al suelo.)

PEP. (Dentro.) No hace falta anunciarme. Soy de confianza. (Entra Pepita por la segunda puerta derecha.) ¡Hola, Andrea!

ESCENA II

ANDREA, PEDRO y PEPITA MARÍN

AND. ¡Hola, señorita Marín!

PEP. ¿Y doña Amelia?

AND. Allá dentro se quedó con González.

PEP. ¡Valiente sinvergüenza! ¡Ya estará haciendo la rueda á doña Amelia para que le reparta un buen papel en el drama nuevo! He visto cómicos aduladores y con poca aprensión, ¡pero como ese...! Es un tío completo. Y luego partiendo siempre corazones con aquellos ojos de rana. ¡Qué asco!... (Mientras habla Pepita, Pedro acaba de recoger la tierra en la espuerta. Cuando aquella termina llega Pedro á la segunda puerta derecha, donde estará Andrea.)

PED. (A Andrea por Pepita, que curiosea la habitación.) Pues ésta sí habla como los cómicos de mi pueblo. (Sale por la segunda puerta derecha.)

ESCENA III

PEPITA MARÍN y ANDREA

AND. ¿Está usted á malas con González?

PEP. ¿Por qué es la pregunta?

AND. Porque antes no le trataba usted así.

PEP. ¡Bah!... ¿Quién no tiene su hora mala en el mundo? Afortunadamente la mía pasó. No es que me arrepienta. El hombre tiene mucha gracia; pero, hija de mi corazón, que se la guarde. Si continuamos quince días más me quedo sin ropa que ponerme, y, lo que es peor, sin cuerpo donde poner la ropa.

AND. (Haciendo ademán de sacudir) ¿También...?

PEP. Más que unos zorros.

AND. Pues es una garga el gracioso.

PEP. (Mirando la escena y yendo de un lado á otro.) ¡Con cuánto gusto ha puesto doña Amelia el salón!... Es artista siempre. ¡Qué bien adornadas las jardineras! ¡Qué admirablemente casado el color de las flores!... ¡Y no digo nada cuando se haga noche y esas bombas azules ardan y la luz de la luna descubra el mar por entre les árboles del jardín!... Será una decoración poética.

AND. Naturalmente: como para un poeta.

PEP. ¡Con eso y conque la obra del poeta resulte un mamarracho!...

AND. No es de presumir.

PEP. Es buen mozo el poeta.

AND. Sí. (Con despego.)

PEP. Ya le conocía. Me le presentaron antes de de irnos á América; solo que no puse atención. ¿Quién iba á fijarse en él entonces? ¡Tan mal trajeado!... y primerizo.

AND. Claro.

PEP. Vaya, ¡que está el salón precioso! Verdad es que á poco que se hiciera... El hotel es divino y el decorado...

AND. Faltaría que no lo fuese con tres mil duros que cuesta su alquiler por la temporada.
PEP. Es un pico.
AND. Hace falta ser doña Amelia para pagar estas primadas.
PEP. Ganándose el dinero á espuertas...
AND. A espuertas lo gana; pero lo tira á carros.
PEP. ¡Por mucho que tire, con lo que se trajo de América..! Solo de alhajas puede llenar un escaparate.
AND. Al dinero échele usted un galgo. Las alhajas aún están quietecitas en los estuches, pero ya andarán, ya andarán. Es muy manirota.
PEP. Hace perfectamente. Empresarios ricos no han de faltarle y admiradores dispuestos á arruinarse por ella, tampoco.
AND. Todo acaba en el mundo.
PEP. Aun está muy joven.
AND. De cualquier manera, hace mal, señorita Marín. La juventud pasa; el día en que pasa la juventud, las mujeres y las artistas pierden casi todo el valor. El dinero siempre vale igual.
PEP. (Como reflexionando.) ¡La vejez!... (Volviendo á su actitud despreocupada del principio.) ¡Bah!... Si pensase yo en mi vejez me moriría de repente.
AND. (Por Amelia.) Bueno que gaste y triunfe; á ello le obligan su oficio, su posición en el teatro. Solo que debía hacerlo con orden, con prudencia.
PEP. ¡No pide usted nada! Pedirle á un artista orden y prudencia es pedirle higos á un peral.
AND. Por su bien lo hablo. Sentiría que andando el tiempo la tuviesen que enterrar de limosna. Por mí no lo haré; para la vejez no ha de faltarme.
PEP. ¡Qué va á faltarle á usted con el ama que tiene! (Con intención.)
AND. ¡Si viera usted de qué mal humor me ponen muchas veces sus cosas! Es tan estravagante que... Cualquiera diría que está loca.
PEP. ¿Loca?

AND. De loca son las cosas suyas. Para no ir más lejos: ya sabe usted que está aprendiendo *Cleopatra*.

PEP. Sí.

AND. Bueno. Repasando unos libros que hablan de esa señora... ó lo que fuese, leyó que Cleopatra bebía perlas disueltas en no sé qué menjurje. Pues, ni corta ni perezosa, buscó el menjurje, desmontó las perlas, ¡todas las perlas! de una pulsera, de un alfiler y de unos pendientes, las echó dentro de una copa, lo revolvió todo con un punzón de oro y se bebió el medio aderezo. ¡Si esto no es estar loca, venga Dios y lo vea!

PEP. ¿Hizo eso? (Riendo a carcajadas.)

AND. Como lo oye usted. ¡Y si aquello hubiese tenido buen gusto!... ¡Yo probé tres ó cuatro gotas que quedaron en el fondo del vaso!...

PEP. ¿Y...?

AND. Una porquería, señorita Marín, ¡una porquería!

PEP. (Riendo.) ¡Qué disparate!...

AND. El mismo día que hizo ese disparate, no tuvimos dinero para pagar la cuenta del ultramarinos. Esta casa es así.

PEP. Realmente el capricho es caro.

AND. Más caros hay otros.

PEP. ¿Eh? (Con curiosidad.)

(Aparece Amelia por la segunda puerta izquierda seguida de González. Amelia vestirá con gusto y elegancia exquisitos; con esa sencillez artística más costosa que todos los lujos.)

ESCENA IV

AMELIA, PEPITA MARÍN, ANDREA y GONZÁLEZ

GONZ. (Contemplando el salón con gestos de asombro.) ¡Admirable, doña Amelia, admirable!

AMEL. Fíjese usted bien y diga si el poeta querido, el ídolo de la temporada última, tiene mal santuario para dirigir su voz á los infelices mortales. (Riendo.) Estoy insoportablemente

campanuda. Es el sarampión de la tragedia que se me sube á la lengua y me hincha las palabras. Siempre que estudio una tragedia me ocurre lo propio: hablo y pienso con tornavoz. Si los Dioses del Olimpo se expresaban como sus clásicos intérpretes, á mí no me conquistan. Prefiero el hablar de los hombres... cuando hablan cosas de mi gusto, naturalmente.

PEP. ¡Esto es un paraíso! (Por el salón.)

AMEL. ¡Ay, Pepita!... Perdona. Charla que charla no te había saludado aún. (Fijándose en la jardinera que tiene las flores encarnadas y amarillas.) ¡Qué horror!... ¿De quién fué la ocurrencia? ¡Flores encarnadas y amarillas! ¡Los tan acreditados colores nacionales!... (A Andrea.) ¿Fué tuya la idea?

AND. Señora...

AMEL. Pero, hija, ¿crees que Emilio Rojas es un ministro ó un general para obsequiarle con jardineras patrióticas? (Lleva y trae flores, mientras habla, de una jardinera á otra hasta dejar arreglada la de la izquierda.) ¡Qué hubiera dicho Rojas! ¡Qué hubieran dicho las personas que aguardo! Me tomarían por una alcaldesa de pueblo recibiendo al diputado del distrito. Vamos, ya se arregló. (A Pepita y González.) Ustedes se quedarán á la lectura.

GONZ. Como usted disponga.

PEP. Tendré un verdadero placer. Me gustan mucho las lecturas.

GONZ. Sobre todo cuando el autor es guapo.

PEP. Nunca está de más. ¡Rojas es guapísimo!

AMEL. Mejor todavía. Simpático, extraordinariamente simpático. Su conversación esclaviza; y es porque cuando echa fuera de la boca sus ideas y sus sentimientos, no habla con los labios: habla con el corazón, con el alma; los pone en cada palabra, en cada gesto, en cada mirar de sus ojos, en cada accionar de sus manos. Hubiera sido un gran actor.

GONZ. Por de pronto es un gran perdido. No hay vicio que no tenga y no luzca; porque le gusta también lucirlos.

AMEL. ¿Eh? (Con disgusto.)

GONZ. La mujer que tiene relaciones con él debe ser una mártir.

AMEL. (Con acritud.) Muchos son ó aparentan ser viciosos, por no morirse de amargura, de hastío, de soledad de alma. En cambio otros son viciosos por ruindad de instinto y de carácter. Sobre todo, González, no creo que es usted el llamado á hablar de los vicios ajenos. Con los suyos le sobra para cinco ó seis conferencias.

PEP. (Bajo á Andrea, por González.) ¡Que vuelva por otra!

GONZ. Doña Amelia, yo...

AMEL. Déjese de excusas: no hacen falta. Además, hoy no tengo ganas de reñir. Estoy contenta, ¡muy contenta!... Un poco nerviosa: La impaciencia de oir el drama, de conocer el papel que me toca representar. (A González.) Decía usted que la señora que tiene relaciones con él... Teresa...

PEP. ¿Qué?

AMEL. Hoy la conoceré. Ha llegado de San Sebastián, donde veranea en una finca suya, á pasar unos días con la Peñagrís y con la Nuevalòs, y vendrá con ellas. ¿Y qué? ¿Es guapa Teresa?

PEP. ¡Ptchs!...

GONZ. Encantadora.

AMEL. ¿Sí?

PEP. Fea del todo no es.

AMEL. (Mirándose á un espejo.) Y elegante, ¿es?

PEP. Eso no se puede negar. ¡Muy elegante! Pertenece á una gran familia; se enamoró del poeta como una loca y lo echó todito á rodar. Ahora, como elegante lo es.

AMEL. (Que no ha dejado de mirarse al espejo y de hacer gestos de disgusto mientras habla Pepita.) ¿Qué estaría yo pensando para ponerme este vestido? ¡Es cursi, horriblemente cursi! (Dirigiéndose á Andrea que se ocupa en terminar el arreglo del salón.) Ven; me ayudarás á buscar otro. Nada, que resulto una facha, ¡una completísima facha! (A Pepita y González.) Hasta aho-

ra mismo. Espérenme aquí. (A Andrea.) ¿Conque tan guapa y tan elegante es esa... Teresa? (Salen Amelia y Andrea por la primera puerta izquierda.)

ESCENA V

PEPITA, GONZÁLEZ. Al final ANTONIO y un CRIADO

GONZ. ¡Estamos bien con la señora!.... Puede que por ocho duros quiera contratarme también los pensamientos. El mejor día la planto sin decir quede usted con Dios. ¡Si pensará que es doña Precisa!

PEP. ¡Ya! ¡ya!... ¡Gasta unos humos!...

GONZ. ¡Que los baje, hija, que los baje! Las comedias no las representa ella sola; si á ella la aplauden, á mí también; y si ella es la Carpio, yo soy González. (Con vanidad.)

PEP. (Con tono de burla) ¡González!

GONZ. González. Enrique González. ¿Y qué? Te figuras que le sería fácil sustituirme. A mí no se me sustituye así como así.

PEP. Hombre, te diré.

GONZ. ¿Qué vas á decirme?

PEP. Que tengo completa la compañía.

GONZ. (Con mal humor.) No hagas chistes. El tonto fuí yo por dedicarme á damas jóvenes.

PEP. Por eso andas en características.

GONZ. ¡Pepa!

PEP. No te incomodes. La llamaremos... madre noble. ¡Y tan noble! Como que es condesa.

GONZ. ¡Qué poquísima vergüenza tienes!

PEP. La que tú me has dejado; tanta como ropa; y me quedé en bata.

GONZ. Ea, déjame en paz y vete á darle murga al que te ha repuesto el vestuario.

PEP. Falta me hacía reponerlo.

GONZ. Pues por eso y por otra porción de cosas, hemos hecho bien separándonos. Cuando los sacrificios son precisos, se hacen, aunque cueste trabajo hacerlos.

PEP. (Con sorna.) A tí debe costarte mucho.

GONZ. (Queriendo coger una mano á Pepita.) ¡Qué tonta eres!...

PEP. (Dando un manotón en la mano de González.) ¡Quita! (Entra por la segunda puerta derecha un criado y detras de él Antonio.)

ESCENA VI

PEPITA, GONZÁLEZ, ANTONIO y un CRIADO

CRIADO (A Antonio.) Pase usted; voy á dar aviso á la señora. (Entra por la segunda izquierda.)

GONZ. ¡Don Antonio!... (Dirigiéndose á él.)

ANT. ¡Hola, amigo! (Reparando en Pepita.) ¡Calla! ¡Es Pepita!... Siento haber estorbado el coloquio. Sería un juicio de conciliación.

PEP. Si no entra usted, concluye como todos los juicios de conciliación: á trastazos.

ANT. Cualquier camino es bueno para llegar al fin. (Sale el Criado por la segunda izquierda.)

CRIADO La señora sale en seguida. (Vase por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VII

PEPITA, GONZÁLEZ y ANTONIO

PEP. (A Antonio.) ¿Viene usted solo?

ANT Solo.

PEP. Le esperaban con el señor Rojas.

ANT. No; he salido á pintar después del almuerzo y, pinta que te pinta, me he estado sobre aquellas rocas (Señalando al fondo.) hasta ponerse el sol. Supongo que no tardará.

GONZ. ¿Y son muchos los invitados?

ANT. Los íntimos, nada más que los íntimos. Cuente usted: El duque de Martoria, opositor é íntimo del ama de esta casa; el conde de Nuevalos, (A Pepita.) íntimo de usted; la condesa de Nuevalos, íntima de González; el marqués de Peñagrís, que intimará con

la primer botella que tropiece... La que no va á tropezarse con ningún íntimo es la marquesita de Peñagrís: Amelia no trata con toreros. Tampoco tengo yo nada íntimo á la mano.

GONZ. Se deja usted dos íntimos en la cartera: Teresa y el autor.

ANT. Esos no son íntimos. Son un matrimonio que no ha ido á pedir á la iglesia sus bendiciones, por evitarse un viaje inútil. La iglesia prohibe los matrimonios entre locos.

GONZ. Él sí es loco. Ella, á creer lo que dicen, es una santa.

ANT. ¿Quiere usted locura mayor que la santidad en este mundo de hombres?

(Entra Amelia por la izquierda vistiendo otro traje tan sencillo, elegante y artístico como el anterior.)

ESCENA VIII

AMELIA, PEPITA, ANTONIO y GONZÁLEZ

AMEL. (A Antonio.) Salud, maestro. Perdone que le haya hecho aburrirse aguardándome solo.

ANT. Ni me he aburrido, ni estoy solo. (Señalando á Pepita y González.)

AMEL. (Como si reparase en aquellos por primera vez.) ¡Ah, sí! ¡Qué distraída! (A Pepita y González.) Dispensen. (A Antonio.) Ante todo, maestro, nada de galanterías, como si hablase con la modelo: ¿qué tal me encuentra usted?

ANT. Hermosísima, elegantísima, graciosísima y todos los *ísimas* que quiera usted poner detrás.

AMEL. (Con satisfacción de niña mimada.) ¡Qué peso me quita usted de encima!...

ANT. ¿Por qué?

AMEL. Tonterías, preocupaciones... preocupaciones de mujer... de mujer vulgar, si usted quiere. Me han dicho que Teresa es muy guapa y muy elegante.

ANT. ¿Y teme usted ser vencida por ella?

AMEL. ¡Pchts!

ANT. Deseche los temores. Entre usted y ella no hay punto de comparación.

AMEL. ¿Eso es ironía ó requiebro?

ANT. Las dos cosas tal vez.

AMEL. ¡Mala persona!... (Golpeando afectuosamente la mano de Antonio. Después de una pausa breve.) Me han dicho que está loca por él; que se lo ha sacrificado todo, hasta su reputación, antes intachable. Una novela son los tales amores, á dar oídos á la gente.

ANT. Una novela, sí, señora.

AMEL. ¿Romántica?

ANT. Para quien no crea en la abnegación y en el sacrificio, romántica será.

AMEL. (Volviendo la espalda á Pepita y González, sin ocuparse de ellos para nada.) ¡Cuente usted! ¡cuente usted!... No imagine que esto es curiosidad. Se trata de un interés más grande: el que siente un artista por penetrar las intimidades de otro artista. Quizá sea la actriz codiciosa de aplausos quien habla por mi boca en este momento. Cuando se conocen á fondo el carácter, las pasiones, la vida entera de un autor, se interpretan mejor sus obras.

ANT. Es posible.

GONZ. (Bajo á Pepita.) Oye, aquí estamos de más. Para el caso que hacen de nosotros, nos podemos ir á la galería.

PEP. (Levantándose.) Llevas razón.

GONZ. Entonces, vamos; digo, si no temes que llegue tu Conde y te sorprenda junto á mí, y pida explicaciones.

PEP. ¿Explicaciones?... ¿Desde cuándo tiene derecho á pedirlas un viejo?

GONZ. ¡Pues calcúlate tú una vieja! (Pepita y González se dirigen al fondo y desaparecen por la galería, sin ser notados por Amelia y Antonio.)

ESCENA IX

AMELIA y ANTONIO

AMEL. El principio de esos amores no necesita usted contarlo.

ANT. ¿No?

AMEL. Lo supongo. Ella le conoció el día de su éxito, de su gran éxito. Le vió sobre el escenario, aplaudido, ovacionado por el público, y...

ANT. No, querida Amelia. Cuando Teresa se enamoró de Emilio, era éste un desconocido, un pobre luchador... y un luchador pobre...

AMEL. ¿Fué antes?... (Sorprendida.)

ANT. Antes.

AMEL. Es raro.

ANT. ¡Y tan raro! Mujeres que después del triunfo ciñan el cuerpo del artista con guirnaldas de carne, hay muchas, á montones, iba á decir á puntapiés. Mujeres que antes del triunfo comprendan las grandezas y los sufrimientos del artista y le abran sus brazos, hay muy pocas. Teresa fué una de esas pocas.

AMEL. ¡Ah!.. ¡Ella le adivinó! (Pensativa.)

ANT. Sí, le adivinó, le sostuvo en la lucha; fué su compañera, su amiga...

AMEL. (Con cierto despecho.) ¡Cuánto la elogia usted!

ANT. Más merece.

AMEL. Tiene en usted un gran admirador.

ANT. En mí y en todos aquellos que la tratan.

AMEL. ¿Sí?

ANT. El que no la admira, la envidia; y la envidia no es, después de todo, más que la admiración enferma.

AMEL. Y es para admirada. Por ella, y por ser la dueña de un artista tan eminente.

ANT. Si Rojas no fuera artista, sería más envidiable la suerte de Teresa.

AMEL. ¿Por qué?

ANT. ¿Y usted me lo pregunta? Porque los artistas somos francamente insoportables en la intimidad.

AMEL. ¡Muchas gracias!

ANT. No hay de qué darlas. También me pongo en la cuenta para hacernos justicia en montón.

AMEL. ¿De modo que los artistas somos incapaces de alegrar la existencia de nadie?

ANT. Alegramos la de todos. De ahí que no podamos alegrar la de uno solo.

AMEL. (Riendo.) ¡Qué exageración!

ANT. Ni soy exagerado, ni me gusta sermonear; mucho menos, cuando me hallo junto á una mujer guapa; pero estoy en lo firme.

AMEL. Vaya, hombre, ¡que no!

ANT. Vaya, mujer, ¡que sí!... Alma, corazón, entendimiento, voluntad, cuanto vale en nosotros algo, se lo entregamos al público, al señor *Todos.* De él y para él vivimos. Para él, para ese señor *Todos*, falto de cédula personal é indeterminado de sexo, son las grandezas, las sublimidades, las exquisiteces de nuestro ser. ¡Pobre del amante con cédula y demás adminículos que se acerque á nosotros!... Recogerá nuestras miserias y nuestros egoísmos y nuestras ruindades. ¡Pobre de él!... Más pobre si pretende ser el primero en nuestro amor. Menos pobre, pero pobre siempre, si se conforma con los desperdicios del otro, del señor *Todos.*

AMEL. ¡Antonio, por Dios!

ANT. No hay por Dios que valga; y en lo que digo no hay censura tampoco, hay pena. La que siento yo de mí mismo, viéndome imposibilitado de ser dichoso, de hacer dichoso á quien me ame sinceramente. Y basta de filosofías y de tristezas. La filosofía es empachosa; la tristeza, cursi.

AMEL. Y usted loco.

ANT. ¿Yo?

AMEL. A nadie más que á un loco se le puede ocurrir que los artistas, superiores al vulgo en corazón y en inteligencia, son incapaces de

ser felices en amor, y de hacer feliz á quien les ame.

ANT. ¿Felices?... ¿Lo fué usted con alguno?

AMEL. No. (Como rectificando.) Todavía no.

ANT. Y usted, ¿ha hecho á alguno feliz? (Amelia, luego de mirar á Antonio, baja la cabeza sin responder.) Ese silencio es una respuesta.

AMEL. O una requisa.

ANT. De la cual sacará usted las más dolorosas consecuencias. Los artistas somos como ciertas desgraciadas mujeres, carne para el deleite público.

AMEL. ¡No hable usted así!... Yo he soñado, soñaré siempre hasta mi última hora... de juventud, con un amor grande, completo, capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios; amor en que los amantes no se regateen nada, ni el alma, ni el cuerpo, ni los labios, ni el corazón; un amor... El amor, ¡ea¡ El amor tal como lo imagina esta personita que usted cree loca, y sólo es una extraviada que anda y anda buscando un nido que la fabricaron, no sé donde, y en el cual la espera, no sé quién.

ANT. ¡Y tan loca como está usted!

AMEL. ¿Me juzga incapaz de inspirar y sentir un amor de esa especie?

ANT. De inspirararlo, no. De sentirlo, sí.

AMEL. ¿Eh?

ANT. Los artistas tropezamos algunas veces con seres que por nuestro amor nos lo sacrifican todo y nos lo sufren todo, ¡todo!, como si en lugar de amantes fuésemos hijos suyos, hijos pequeñitos, criaturas enfermas, á los cuales no se abandona, hagan lo que hagan, porque necesitan apoyo y porque sin ellos no se puede vivir.

AMEL. Antonio...

ANT. Si; los artistas tropezamos con esos seres algunas veces, pocos, ¿eh? los mártires no abundan; pero, en fin, existen. Dentro de poco hablará usted con uno.

AMEL. Teresa.

ANT. Mártir voluntaria de Emilio Rojas, artista eminente y calamidad eminente también.

AMEL. Mal trata usted á su mejor amigo.

ANT. ¡Yo!... Como á hermano le quiero. Hablo de él, lo mismo que hablaría de usted, de mí propio. Todos estamos cortados por un patrón. Todos somos en la vida íntima unas calamidades.

AMEL. ¡Vuelta!...

ANT. ¡Pero, hija, si es verdad! Los más grandes arrebatos y sacrificios son pocos cuando se trata del objeto amado. Decía usted, hace unos minutos.

AMEL. ¿Decía mal?

ANT. Decía usted admirablemente; así es el verdadero amor.

AMEL. ¡Entonces!...

ANT. No niego que defina bien el amor. Sólo que de definirlo á sentirlo...

AMEL. ¿Qué?

ANT. Vamos á cuentas con su definición. Dejo á una parte los delirios. ¿Sacrificaría usted por nadie su orgullo de actriz? ¿su vanidad de comedianta? ¿sus extravagancias é independencias de criatura excepcional que á nadie necesita y, por consiguiente, no se sujeta á nadie? ¿Dejaría usted de vivir en exhibición permanente por evitar á su amante disgustos? ¿Inmolaría usted en obsequio suyo un éxito en el mundo, un aplauso en la escena?

AMEL. Antonio...

ANT. No, y cien veces no. Acaso crea usted ahora de buena fe que lo haría. Pero cuando llegara el instante, ¡adiós sacrificio! No lo haría usted. ¿Por vanidad? De ninguna manera. Porque es artista; y á los artistas nos tocó nacer de este modo; porque así, para vivir del público y con el público y en público, nos ha hecho interior y exteriormente la santa madre Naturaleza.

AMEL. (Riendo.) ¿También exteriormente?

ANT. ¿Qué duda hay? (Negativa en Amelia.) Fíjese usted en usted propia. Usted no es bonita; es hermosa, francamente decorativa, con todo el arrogante esplendor de sus líneas.

Poniendo debajo el pedestal estaría completa la estatua. Su voz es vibrante, despótica, dominadora, porque ha de sonar en muchos oídos á la vez; sus facciones son correctísimas pero pronunciadas, hechas para verse y gozarse de lejos. (Amelia ríe.) No se ría usted. La Naturaleza supo lo que hizo construyendola así, para ser la querida espiritual de las multitudes. Si la hubiese á usted construído para ser amante feliz de un solo hombre, la hubiera creado más menudita de facciones, más débil de voz, más recogida de figura; para estremecerse en un gabinete al contacto de un beso, no para electrizarse sobre la escena al choque de un aplauso. La naturaleza es un gran escultor. Casi siempre da á sus estatuas de carne proporciones justas al sitio que deben ocupar en la vida.

AMEL. (Riendo á carcajadas.) ¡Bueno! ¡bueno! Déjeme usted en paz con sus lecciones de escultura viviente. Lo que nos ocurre es que no encontramos quien nos comprenda.

ANT. Otra música socorridísima. ¡No me comprenden! ¿Quién nos va á comprender si empezamos por no comprendernos nosotros?

AMEL. ¿Quién? Cualquiera que nos iguale en inteligencia, en sentimientos...

ANT. ¿Otro artista? No se le ocurra eso jamás. (Con seriedad é intención.) Pensarlo ya es un disparate. Hacerlo sería una locura que, sin labrar la dicha de usted, pudiera labrar la desgracia de otros.

AMEL. ¿Qué quiere decir?

ANT. ¿Yo?... Nada. (Breve pausa durante la cual Antonio y Amelia se miran fente á frente) Rojas ha escrito á usted un hermoso papel.

AMEL ¿Sí?

ANT. Al menos á mí me lo parece.

AMEL. El no puede hacer nada malo.

ANT. En arte, no. Le pasa como á usted.

AMEL ¿Otra pulla? (Se oye á distancia la bocina de un automóvil.)

ANT. (Suena la bocina más cerca.) Ahí está el automóvil de sus convidados.

AMEL. Sí, ellos deben de ser.

ANT. Vienen en el automóvil de La Peñagrís.

AMEL. Y Teresa con ellos. Salgamos en su busca. (Dirigiéndose hacia la derecha.)

ANT. ¿Tanta prisa tiene usted en ponerse frente á esa criatura?

AMEL. ¿Eh? (Confusa.)

ANT. (Señalando la puerta derecha.) Satisfaga usted su capricho. Aquí está. (Entran por la segunda puerta derecha Teresa, la Condesa de Nuevalos, el Conde de Nuelvalos, el Marqués de Peñagrís, la Marquesita de Peñagrís. Todos vestirán elegantes trajes de «sport». Teresa representará de veintiocho á treinta años. La Peñagrís, veinte. La Condesa de Nuevalos, cincuenta. El Conde de Nuevalos será un viejo de sesenta, muy retocado y peripuesto. El Marqués de Peñagris, hombre de cincuenta (á ser posible, gordo, sanguíneo y con la nariz muy encarnada.)

ESCENA X

AMELIA, TERESA, LA CONDESA DE NUEVALOS, LA PEÑAGRIS, ANTONIO, NUEVALOS, PEÑAGRIS

LA PEÑ. (A Amelia.) ¡Hija, creí que no llegábamos! ¡Qué lata! A poco tenemos que venir á pie. En la mitad del camino se nos descompuso el jamelgo. ¡Teresa se ha llevado un susto!... A propósito, con la historia del automóvil olvidé la presentación. (A Amelia.) Teresa Garcerán. (A Teresa.) Amelia. No hay más que decir.

AMEL. (A Teresa.) Ha sido usted muy buena aceptando mi invitación.

TER. Torpe hubiera sido no aceptándola. Gracias á ella puedo tratar de cerca á quien admiré siempre de lejos.

AMEL. Ustedes me honran visitando mi casa.

LA NUE. Los honrados somos nosotros.

ANT. No hay que exagerar.

LA NUE. Estamos en casa de una gran artista, y la casa de una gran artista como usted, es palacio de reina.

PEÑ. De reina absoluta, sin zarandajas constitucionales. ¡Uf! ¡Qué calor! (Dejándose caer en una butaca y mirando con ansia á todas partes.)

AMEL. ¿Quiere usted agua? (Peñagrís hace un ademán de repugnancia. Amelia toca al timbre.) ¿Un refresco? (Entra Andrea.)

PEÑ. Un refresco vendrá admirablemente. (A Andrea.) Una copa de wisky, de cognac, cualquier cosa, por el estilo. (Sale Andrea.) ¡Oh, los artistas, los artistas!

NUE. Son mi chifladura.

LA PEÑ Y la de tu mujer; y la de todos nosotros; porque yo también adoro el arte. (Entra Andrea, sirve á Peñagrís y se retira.)

ANT. Sobre todo el arte taurino.

LA PEÑ. Dígalo usted fuerte. Cuidado si resulta bien un matador, cuando está bien naturalmente y despliega el trapo y pasa el toro á dos dedos de los pitones. ¿Pues y cuando lía y se echa el estoque á la cara y se deja caer y la entierra toda en el morrillo?

ANT. ¡Entonces el delirio!

(Teresa y Amelia hablan aparte: Peñagrís saborea con deleite el licor servido, y el Conde y la Condesa de Nuevalos dan marcadas señales de impaciencia.)

PEÑ. Unas aficiones no estorban otras. (Llenándose la copa otra vez y apurándola.) Todo es compatible.

LA PEÑ. Prueba de ello es que estoy deseando ver entrar á Rojas por esa puerta con el drama en la mano.

ANT. Vamos, está usted, poco más ó menos, como en la plaza antes de que se abra el toril.

LA PEÑ. ¡Guasa viva! ¿Para esto se nos ha adelantado usted?

AMEL. No ha sido él solo. Antes que él llegaron Pepita y González.

LA NUE. ¿Sí? (La Condesa de Nuevalos hace un ademán de curiosidad, que reprime inmediatamente.)

ANT. Por la galería andan. Me parece que allá (Mirando.) en el fondo... No se distingue bien. Está muy obscuro.

AMEL. Verdad. (Tocando al timbre.—A Teresa.) ¿Cómo no ha venido Rojas con ustedes?

TER. Creo que almorzaba con Martoria. Probablemente vendrán juntos.

AMEL. ¿Con Martoria? (Entra un criado por la derecha. (Al criado.) Dé usted luz. (El criado lo hace con las lámparas del salón.) Encienda también la galería. (El criado se dirige á la galería.)

ANT. (Adelantándose al criado.) ¡Eh! ¡Pepita! ¡González! ¡Vengan ustedes por acá! (El criado enciende la galería. El Conde y la Condesa, por un movimiento maquinal, se dirigen á ella. Luego se detienen, ella abanicándose nerviosamente, él dando vueltas á la leontina del reloj.)

TER. (Mirando al salón.) ¡Cuánta flor!

AMEL. ¿Es usted aficionada?

TER. No afición, cariño les tengo. Comprendo que es una ridiculez, pero cuando las cortan delante de mí siento impulsos de gritar: ¡ay! (Entran por el fondo González y Pepita.)

ESCENA XI

DICHOS, PEPITA, GONZÁLEZ. Al final UN CRIADO

AMEL. ¿Dónde se habían metido ustedes?

GON. Allá, viendo ponerse el sol y charla que te charla...

NUE. (Bajo á Pepita.) Tú me explicarás.

PEP. Se lo explicaré á tu mujer, si te parece más oportuno. Si no, mira, que se lo explique González, que está hablando con ella.

CRIADO (Saliendo por la derecha.) El señor Rojas. El señor duque de Martoria.

AMEL. ¡Por fin! (Amelia se levanta y se dirige hacia la puerta de entrada donde aparecen Emilio y Martoria. El primero vestirá con artístico desaliño. El segundo con elegancia, pero sin ninguna afectación.)

ESCENA XII

DICHOS, EMILIO y MARTORIA

AMEL. ¡Amigo, cómo se conoce lo bueno en lo que se hace desear!

MART. Yo soy el culpable. Entretuve á Rojas más de lo justo en el casino. (Mirando á Amelia.) ¡Qué elegante! ¡Qué hermosa!

AMEL. (Mirando á Emilio.) ¿De veras creen ustedes que lo estoy?

EMILIO ¿Cómo no?

AMEL. Vaya, habrá que aceptar la sentencia viniendo de tan buenos jueces. (A Emilio.) ¿Supongo que *eso* estará listo?

EMILIO (Mostrando un rollo de papeles que lleva en la mano y entregándoselo á Amelia.) Aquí lo tiene usted. ¡Ojalá lo considere digno de su incompârable talento!

AMEL. (Riendo.) ¿No han empezado los ensayos y ya me adula usted? Veremos lo que dice después del estreno.

EMILIO Lo que ahora. No, más; porque espero de usted el mayor y más querido de mis triunfos

AMEL ¿Está usted seguro?... ¡Vanidoso!

MART. (A Teresa.) Querida prima, dichosos los ojos que te ven. No andas por el mundo.

TER. Por tu mundo, querrás decir.

AMEL Vaya, suspendamos las galanterías. Aquí está la obra y allí está el lector.

PEP. Sólo falta empezar.

AMEL. Pues andando. (A Emilio.) Digo, si á usted no le molesta.

EMILIO ¡A mí! A sus órdenes.

AMEL. Vengan ustedes por acá (La mesa.) y siéntense; sólo se permite aplaudir. (Encendiendo la lámpara que hay sobre la mesa y colocando encima los papeles que le ha entregado Emilio. Todos se sientan en torno de la mesa, excepción hecha de Teresa, Amelia, Emilio y Antonio.)

ANT. A lo menos en alta voz.

AMEL. (A Emilio.) Usted aquí, enfrente del senado. Yo junto á usted. (Teresa se sienta con los demás. A Teresa.) No puedo ceder á usted mi puesto; hoy el autor es mío; me pertenece; no se lo cedo á nadie. (Con arrogancia. Abre el rollo de papeles y lo pone delante de Emilio, junto al cual se sienta apoyando los codos sobre la mesa y mirándole de hito en hito. Teresa la contempla con desconfianza.— A Emilio.) Cuando usted guste.

EMILIO (Doblando la primera hoja.) *Sin nombre.* (Como si leyera el título.)

ANT. (Luego de mirar á todos y fijándose en el grupo que forman Emilio y Amelia.) Empieza la comedia.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el saloncillo y cuarto de vestir de Amelia.

Estará decorado con gran lujo y coquetería. En las paredes artísticos tapices y cuadros. El mueblaje elegante y sencillo.

A la izquierda una puerta con amplias colgaduras, que da acceso al tocador de Amelia. Estas colgaduras se hallan corridas al empezarse la representación.

A la derecha, una puerta que supone comunicar con el pasillo que conduce al escenario y á la sala.

La escena estará sola al alzarse el telón. Inmediatamente después aparecen, por la puerta de la derecha, Pepita y González. Vestirá éste traje de etiqueta. Pepita, de baile.

ESCENA PRIMERA

PEPITA y GONZÁLEZ

GONZ. (Restregándose las manos con satisfacción.) ¡Al pelo!.... ¡Esto marcha al pelo!... Dos actos, dos exitazos. El tercero ya lo estás viendo: llegará á las nubes. Nada, que acertó Rojas.

PEP. En todo.

GONZ. (Con vanidad.) ¡No tendrá queja de la escenita que acabo de hacerle!

PEP. Hombre, siquiera recuerda que la he representado contigo y dí: «La escenita que acabamos de hacerle.»

GONZ Bien; se la hemos hecho. ¿Qué más da? Tu y yo somos uno.

PEP. Si no lo tomas á mal somos cuatro; como quien dice un rigodón. La comedia es preciosa.

GONZ. ¡Qué aplauso me han dado en el mutis!

PEP. Nos han dado.

GONZ Nos han dado; ¡qué pesada te pones! Ahora venga el diluvio. Sólo me quedan al final cuatro bocadillos.

PEP. Diluvio habrá; de aplausos. Doña Amelia está colosal.

GONZ ¡Calcúlate!... Pelea por dos.

PEP. Eso...

GONZ Si no ha sido todavía, será. Bastaba verlos durante los ensayos. ¡Qué apartes tan... apartaditos, muchacha!

PEP. Pues mira, creo que ni él, ni ella, hacen bien.

GONZ. ¿Por qué?

PEP. Lo primero, porque son demasiada gente para aguantarse; lo segundo, porque ella gasta como una descosida y Rojas es pobre; lo tercero... ¡Vaya, que es un infamia engañar á criatura tan buena como Teresa Garcerán!

GONZ. ¿Quién no engaña en el mundo?

PEP. ¡Pobre señora!... En el palco está, lívida, nerviosa, botando en la silla á cada rumor, á cada aplauso que se escucha.

GONZ. También es simple la mujer. (Entran por la derecha Amelia, Andrea y Emilio. La primera, en traje de baile con un boa ó abriguito sobre los hombros que, apenas entrada en su cuarto, arrojará sobre una silla. Estará muy nerviosa y mostrando gran alegría. Emilio vestirá traje obscuro de americana y sombrero flexible ú hongo. Expresará con sus ademanes y gestos preocupación y temor. Andrea atraviesa la escena, y levantando la cortina de la izquierda que deja caer luego, entra en el tocador de Amelia.)

ESCENA II

AMELIA, PEPITA, EMILIO y GONZÁLEZ

AMEL (Volviéndose hacia Emilio que ha quedado en la puerta de la derecha escuchando y moviendo los labios inconscientemente como si rezara.) ¡Animo! (Cogiéndole por un brazo y trayéndole á primer término.) ¡Quítese usted en seguida esa cara de setenciado á muerte!... ¿Aún tiene usted miedo?

EMILIO ¡Espantoso!

GONZ. No hay razón. La comedia está en casa. ¿Se ha fijado usted en mi *mutis*?

EMILIO (Distraído.) Sí, sí, ¡admirable! ha estado usted admirable. (A Pepita.) Y usted admirable también. (A Amelia con pasión y con gratitud.) A usted... A usted, Amelia, ¿qué decirle?

AMEL. ¡No, ¡por Dios! no me diga usted nada!... En las noches de estreno, los autores no dicen, fuera de lo que dicen en escena, más que tonterías. A los actores nos ocurre lo propio. Tenemos el entendimiento y el corazón en en otra parte: en el escenario. Allí estamos; allí estoy yo ahora toda entera aguardando el instante de volver á verme con el público. Esta noche es nuestro; no tema usted. Le conozco. Cuando se entrega lo hace con candores de niño. También estoy nerviosa. ¡Mire usted! (Cogiendo con sus manos las de Emilio.) Pero mi temblor es de alegría, de satisfacción, de esperanza...

EMILIO El mío de susto.

PEP. ¡Hombre!...

EMILIO ¡Ay!... Si el público supiera lo que sufre un autor la noche del estreno, no se silbaba una obra.

PEP. Silbándose y todo no hay español sin comedia debajo del brazo. ¡Si no las silbaran!... ¡¡Pobres directores de compañía y pobres actores y pobre público también!!

EMILIO Es un rato horrible. Esto de escribir come-

dia será arte inferior, como creen algunos, pero el miedo que pasamos los autores es superlativo.

GONZ. ¿Y nosotros?

EMILIO Ustedes es distinto. Nosotros tenemos que aguardar cruzados de brazos, con pasividad desesperante. Ustedes no; ustedes salen al escenario, pelean con el público cuerpo á cuerpo. La lucha enardece.

AMEL. Verdad. Yo temo al público antes de salir á escena. Después no. Cuando estamos frente á frente le desafío; aunque se irrite no me asusta. Solo pienso, solo quiero una cosa: domarle, esclavizarle, hacerle aplaudir. ¡Y esta noche vencemos en toda la línea! (Con pasión en lo que se transparente la mujer enamorada.) ¡Nunca tuve más ansia de vencer!...

EMILIO ¡Amelia!... (Avanza hacia ella con actitud apasionada. De pronto se detiene como prestando atención á lo que ocurre fuera y vuelve hacia la puerta de la derecha donde estará González.) ¿Eh? ¿Qué rumor es ese?.... ¿Una protesta?...

GONZ. (Riendo.) No, hombre, un aplauso. Tranquilícese usted.

EMILIO (Luego de escuchar.) Sí; es un aplauso. ¡Un aplauso! (Respirando ancho como quien se quita de encima veinte arrobas.)

GONZ. (Con envidia.) A Méndez.

AMEL. (Con sinceridad.) ¡Está insuperable!

GONZ. Su papel es una pera en dulce. Basta hablarlo. ¡Si tuviera las dificultades que el de usted!

EMILIO ¡Otro aplauso!...

PEP. ¡Y los que han de venir!

EMILIO Tengo mucho miedo al final.

(Entra Martoria por la derecha. Vestirá de frac.)

AMEL. (Con orgullo y arrogancia nobles y artísticos.) ¿Olvida usted que el final es mío?

MART. Entonces, éxito indiscutible.

ESCENA III

AMELIA, PEPITA, EMILIO, MARTORIA y GONZÁLEZ

AMEL. (Tendiéndole la mano.) ¡Adulador!

MART. Exito, y de los que hacen época. (A Rojas.) El público entusiasmado. (A Amelia.) Cuando aparezca usted, el entusiasmo se convertirá en servidumbre, en adoración. (A Emilio.) Mi enhorabuena, amigo Rojas.

EMILIO (Estrechando nerviosamente la mano de Martoria.) El final... el final... Esperemos hasta el final.

PEP. Voy á arreglarme un poco que la escena mía se acerca. (Sale por la derecha.)

GONZ. Y yo al escenario. Tengo todavía una pasada. Cuatro ó cinco palabras... En fin, se hará lo que se pueda. Hasta luego y tranquilidad completa, don Emilio. (Dando un golpecito cariñoso y casi protector en el hombro de Emilio. Sale por la derecha.)

ESCENA IV

AMELIA, EMILIO y MARTORIA

AMEL. (A Martoria.) ¿Ha dejado usted el palco antes de concluirse la obra?

MART. La conozco de varios ensayos y deseaba felicitarles. Además no hago falta. (A Emilio.) Hoy no hacen falta los amigos.

(Emilio no le oye, está distraído y con medio cuerpo fuera de la puerta derecha.)

AMEL. (A Emilio.) ¡Dé usted las gracias, hombre!...

EMILIO (Maquinalmente.) Muchas gracias.

MART. Mi ausencia es momentánea. Saldré al final, á tomar parte en la ovación, que va á ser estruendosa. (A Amelia.) ¡Qué arrogante, qué altiva, qué dominadora ha estado usted en la escena con Méndez!... ¡Que bravas salían las frases por su boca y como chispeaban de cólera sus ojos, ahora dulces y hermosísi-

mos siempre!... (A Emilio.) ¡Feliz usted que aunque solo sea artísticamente tiene dominio sobre ese corazón y sobre ese rostro y le hace pasar conforme á su gusto del amor al odio y de la alegría á la pena!... Envidia me causa. Diera cuanto poseo por lograr de Amelia lo que usted.

AMEL. ¿Lograrlo?... No es difícil.

MART. ¿No?

AMEL. Escriba usted una comedia y está logrado

MART. Me faltan condiciones. Sí; es gran triunfo mover á voluntad los afectos de la mujer... artista; pero lo es mayor realizarlo con los de la mujer... mujer. ¿Verdad, Rojas? (A Rojas, que sigue en la puerta derecha sin ocuparse de lo que sucede en escena.)

EMILIO Indudablemente. ¡Va á empezar la escena entre Julia y Ernesto!...

AMEL. (Picada.) Vaya usted á oirla. Está usted aquí como sobre ascuas. Vaya usted á oirla, que no me quedo sola. Martoria me acompañará.

EMILIO Si voy, voy á escape. No podría vivir lejos del bastidor en estas últimas escenas. (Sale por la derecha.—Breve pausa durante la cual Amelia hace un gesto de despecho.)

ESCENA V

AMELIA y MARTORIA

MART. ¿Se ha molestado usted con Rojas?

AMEL. ¿Yo?

MART. Y le sobran motivos. A una mujer como usted no debe dejársela nunca. Pronto empieza Emilio á ser ingrato.

AMEL. ¿Qué está usted diciendo?

MART. Si yo mereciera de usted las distinciones que él merece no la dejaría sola por todas las comedias del mundo.

AMEL. ¿No?

MART. No; porque la pondría sobre todo; porque todos los instantes me parecerían pocos para

adorarla; porque por una mujer como usted se sacrifica todo, la fortuna, la vida, cuanto más y más una comedia. Mal ama quien antepone su vanidad al objeto amado.

AMEL. ¡Tiene usted razón! Así se debe querer, cuando se quiere y... (Reponiéndose.) ¡Seré necia!... En primer lugar, Rojas solamente es mi amigo, nada más que mi amigo.. Y aun siendo más, fuera yo injusta incomodándome. ¿Enfadarme por lo que concluye de hacer? ¡Y esta noche! Ha hecho perfectamente.

MART. No entiendo.

AMEL. Es natural. Usted no es artista. Para Emilio esta noche no existe, no puede, no debe existir en el mundo más que una cosa, su comedia.

MART. (Con desdén.) ¿Su comedia?

AMEL. Sí señor, su comedia. Con ella juega su reputación, su talento, su aureola de autor insigne. En ella están la victoria sobre sus rivales, los aplausos del público. Los aplausos del público son para nosotros lo primero.

MART. ¿Primero que el amor también?

AMEL. También; porque en ellos, en esos aplausos conquistados, arrancados por fuerza, conseguidos á costa de nuestra sangre, de nuestra salud, de nuestra dicha muchas veces, está nuestra superioridad sobre las otras criaturas. ¿Usted se estraña de que Rojas me haya dejado por ir á escuchar su comedia?... ¿Dejarme por acudir al escenario, por tocar el éxito de cerca, por no perder un rumor, un átomo de gloria!... ¡Claro!.. ¿Qué va á hacer! Si no lo hubiese hecho no sería artista. Yo lo dejaría todo, ¡todo! (Con entusiasmo y sinceridad.)

MART. (Con desdén.) ¿Todo, por *eso?*

AMEL. Todo; porque *eso* es para nosotros el todo de todo. A no serlo, ¿cree usted que soportaríamos este vivir en continua batalla; esta inquietud, este recelo permanente de perder en una hora el puesto conquistado en años? Hizo bien marchándose con su come-

dia y dejándome. Si se hubiera quedado no sería digno de su éxito.

MART. Perdone usted si la ofendí.

AMEL. Ofenderme no, sorprenderme.

MART. ¿De qué?

AMEL. De que un hombre con su entendimiento no se dé cuenta de estas cosas.

MART. En cambio de otras me las doy.

AMEL. ¿De cuales?

MART. Del ingenio, de la hermosura, de la gracia de usted, que tienen sobre mí más imperio que las vanidades del éxito sobre Emilio.

AMEL. Vanidad es también la suya.

MART. ¿La mía?

AMEL. No otra cosa que vanidad fuera para usted mi posesión. Y vanidad por vanidad, más noble es la del artista que pretende rendir á un público, que la del hombre que quiere rendir á una mujer.

MART. No me juzgue usted de ese modo.

AMEL. Le juzgo como usted merece sin regatearle sus méritos.

MART. ¡Amelia! (Acercando su silla á la de Amelia.)

AMEL. (Suena un timbre sobre la puerta derecha.) Me avisan. ¡Andrea! (Andrea descorre las cortinas que comunican con el tocador y entra en escena.)

ESCENA VI

AMELIA, ANDREA, MARTORIA. Al final ANTONIO

AND. ¿Señorita?

AMEL. ¡Pronto!... ¡El abrigo!... ¡Los guantes!... (Andrea entra en el tocador y saca de él las prendas que ha pedido Amelia.—A Andrea) ¡Date prisa, mujer! (Á Martoria.) Esta es la escena... ¡la gran escena, amigo mío!... No deje usted de oirla. Rojas ha volcado en ella su inspiración. (Vuelve á sonar el timbre.) ¿Ve usted? lo que hablábamos. Dentro de unos segundos, cuando empiecé la escena, se puede venir abajo el universo. No me enteraría. (Con creciente

nerviosidad.) Vaya usted, vaya usted á verme. (Entra Antonio por la derecha.)

ANT. Eso va bien.

AMEL. ¿Abandona usted al autor?

ANT. ¡Si no me hace caso! ¿Para qué estar al lado suyo? A la sala no entro; tengo más miedo que él.

AMEL. (Que ha terminado de ponerse los guantes.) ¡Andando!

ANT. Buena suerte y valor.

AMEL. Valor no falta, maestro. Suerte... (Con arrogancia y valentía.) ¡Bah! La suerte es compañera inseparable del valor. (Sale por la derecha seguida de Andrea.)

ESCENA VII

ANTONIO y MARTORIA

ANT. ¡Qué arrogante, qué gallarda va!

MART. ¡Encantadora!

ANT. Distingamos. Yo hablo de la artista, usted de la mujer. (En broma.)

MART. Yo por la mujer haría disparates.

ANT. No lo dudo.

MART. Dinero, peligros, rivalidades... ¿Qué no arriesgaría yo por ella?

ANT. ¡Sí, está usted muy metido!...

MART. Hasta el cuello. ¡Me tiene loco! ¡Qué ojos!.. ¡qué boca!... ¡qué garganta!... ¡qué...!

ANT. No siga usted modelando, Duque.

MART. Y luego, por si su hermosura no bastara, es la actriz á la moda.

ANT. Una hembra completa. De molde para llenar los dos grandes amores de usted: el amor de la belleza femenina, y... el amor propio.

MART. Méndez...

ANT. No quiero ofenderle. Le estimo muy de veras y hay entre nosotros suficiente amistad para que hablemos claro.

MART. Ciertamente.

ANT. ¿De modo que loco por Amelia?

MART. De remate. Si exigiera mi fortuna, no dudaría en tirarla á sus pies.

ANT. ¿Si le pidiese á usted la existencia?..,

MART. La expondría sin vacilaciones... procurando defenderla lo mejor posible.

ANT. ¿Y si tuviera usted que jugar su prestigio, su nombre?

MART. Eso no se arriesga más que por una mujer: por la propia. No pienso casarme.

ANT. ¡Ya!

MART. Amelia está hecha para enloquecer con su hermosura; para que uno pelee por ella contra todos y contra todo; para dejarse arruinar por un gesto, por un capricho suyo, con tal de decir al mundo: «Esta criatura deliciosa, de rostro divino, de cuerpo más divino que el rostro, esta mujer que seduce á los hombres con su figura y á los públicos con su genio, me pertenece; durará lo que dure, pero hoy me pertenece. Si no soy su amo, soy su amante.» Por poder decir esto, estoy pronto, siempre, á poner mis caudales frente á la pluma de un usurero y mi corazón frente al hierro de un espadachín.

ANT. ¿Y si se arruinase usted ó le mataran?

MART. ¿Si me arruinase ó me mataran? Bien valdría ello la satisfacción de haberla poseído.

ANT. Ese es usted. Tampoco Amelia se resignaría á perder la independencia aunque le pusieran sobre la cabeza todas las coronas del orbe.

MART. ¿No?

ANT. Tiene ella corona mejor. La de artista. Esas coronas son de laurel y ni corren el peligro de empeñarse, porque las coronas de laurel no se admiten en las casas de préstamos, ni el de envilecerse en manos de herederos, porque esas coronas no se heredan.

MART. Las nuestras, sí. No son bienes en propiedad; lo son en usufructo: por eso hay que cuidarlas.

ANT. Vale usted más que lo que la gente supone.

MART. De ahí que goce la estimación de usted.

ANT. ¿Y qué?... ¿Se hace camino?

MART. Como los cangrejos. Priva Rojas.
ANT. ¿Usted cree?...
MART. Lo afirmo.
ANT. En tal caso...
MART. No pierdo la esperanza. Hoy es hoy... Mañana .. Rojas tiene genio. Yo tengo mi fortuna y mi nombre. No me doy por vencido. Ella es caprichosa. Por dinero, materialmente por dinero, no se rendiría. Vale mucho para comprada. Pero, lo dije antes, es caprichosa y es independiente. Hay caprichos muy caros, y hay independencias también muy caras. Esperaré.
ANT. Ojalá espere usted poco.
MART. ¿Habla así el amigo de Emilio?
ANT. Precisamente porque lo soy.
MART. ¡Pobre Teresa!
ANT. ¿La compadece usted?
MART. Es buena y noble. Merecedora de todos los respetos, aun después de su caída.
ANT. Quizás lo sea más desde entonces.
MART. Quizás. (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.) ¡Qué modo de aplaudir!... (Entra Peñagrís por la derecha con el gabán puesto y vestido de frac.)

ESCENA VIII

ANTONIO, MARTORIA y PEÑAGRIS

PEÑ. ¿A quién aplauden?
MART. ¡Buena está la pregunta! Al autor y á la actriz.
PEÑ. Ah, sí, el estreno. ¿Y qué? ¿va bien? ¿va bien?
MART. ¿No me dijiste en el Club que ibas á venir desde el primer acto? ¿De dónde sales?
PEÑ. De la Viña P.
MART. ¿Cómo?
PEÑ. Verás... Yo venía. ¡Poco estimo á Rojas y á Amelia! Figúrate si vendría con gusto. De pronto, ¡paff! la Antonia que se da un pechugón conmigo frente al mismísimo escaparate. «¡Hola, tú! ¡Hola, tú!... ¿Dónde vas?

Yo, dice ella, á comer. Yo, digo yo, al teatro. En el escaparate había unas ostras que estaban diciendo «embauladme». Conque va Antonia y me pregunta: ¿Me pagas unas ostras? Bueno, respondo yo. Aun era temprano. Total: que entramos en la Viña; que Antonia se comió tres docenas de ostras; que concluídas las ostras, quiso comer de todo; que yo, por no dejarla sola, y por no mirarla comer mano sobre mano, pedí una botella de cognac. Entre comer, beber y otras frioleras, se nos marchó el tiempo. Ya estoy en el teatro, y aplaudiré como el que más. ¡Así como así, tengo yo poca afición al arte!... ¡Oh, el arte! .. ¡El arte!... ¡No me toquen ustedes al arte!

MART. ¡Bravo, chico! ¿Y tu hija?

PEÑ. No lo sé. Calculo que estará en el teatro. ¿De modo que la comedia *super?*

ANT. Acérquese y oirá los aplausos. (Escuchando.) Ahora suenan más apagados, pero más nutridos.

PEÑ. Habrá caído el telón y empezará la apoteosis.

MART. ¡Y no he ido á ver á Amelia en la última escena!

ANT. Voy, voy, quiero disfrutar el éxito de Emilio. (Sale por la derecha.)

MART. Si ha debido terminar el acto. (Entran por la derecha, en cuanto sale Antonio, González y á seguida Pepita.)

ESCENA IX

MARTORIA, PEÑAGRIS, GONZÁLEZ. A seguida PEPITA

GONZ. ¡Vaya una ovación! (Entra Pepita.)

PEP. ¡Cómo ha estado esa mujer!... No cabe más. Es una leona.

GONZ. Van á salir hasta que amanezca. ¡Qué obra! ¡Qué actrizaza!

MART. ¿Y el público?

GONZ. Loco. Vale decir que hemos puesto el alma.

Vayan ustedes, vayan ustedes, que llegarán á tiempo. Hay ovación para media hora. Es un espectáculo imponente. ¡Los dos!... ¡Los dos! gritó el público después de la primera salida. Y allí están los dos, en el escenario; el telón sube que te sube y baja que te baja, entre aplausos, y Rojas y Amelia á punto de quedarse sordos. Vayan ustedes, vayan ustedes y verán.

MART. (A Peñagrís.) ¿Vienes tú?

PEÑ. No faltaba otra cosa. Estamos en el palco en cuatro zancadas. ¡Hala! Aplaudiré como un alabardero. Ya lo saben Rojas y Amelia, soy incondicional, ¡incondicional!... (Salen por la derecha Martoria y Peñagrís repitiendo este «incondicional» hasta que desaparece.)

ESCENA X

PEPITA, GONZÁLEZ. Al final ANDREA

GONZ. ¡Los dos!... ¡Los dos!... También el público es olvidadizo. Ya no se acuerda de mi *mutis*. En fin, que se atraquen de gloria. Méndez ha debido morderse al oir eso de ¡los dos! Me alegro. ¡Que se chinche! No es envidia, ¿eh? ¿Envidia yo? ¿Por qué? En mi género pongo el mingo.

PEP. Ponte otra ropa, que has de trabajar en la pieza; también trabajo yo. (Se dirige á la puerta derecha; al llegar á ella vuelve.) Suben.

GONZ. ¿Quién?

PEP. Ella y él; ¡los dos!

GONZ. Pues largo. Querrán estar un momento solitos.

PEP. ¿Para qué?

GONZ. Para repetir con más tranquilidad el abrazo que se dieron al caer el telón.

PEP. Abrazo honrado, artístico...

GONZ Déjalo en artístico.

(Se dirigen hacia la derecha, cediendo el paso á Andrea, que entra por ella.)

AND. ¡El delirio! Creí que no concluían de salir. (González y Pepita salen de escena. Andrea se dirige al tocador y corre las cortinas, á tiempo que entran por la puerta derecha Amelia y Emilio. Este, pálido, emocionado, ella pálida y emocionada también, apoyándose en el brazo de Emilio.)

ESCENA XI

AMELIA y EMILIO

AMEL ¿Sigue el miedo?

EMILIO ¡Miedo! Alegría infinita, inmensa. ¡Tengo el espíritu rendido! (Dejándose caer en una butaca.)

AMEL Y yo rotos los nervios! (Dejándose caer también en otra butaca al lado de Emilio)

EMILIO Déjeme usted darle una y mil veces gracias. (Cogiendo las manos de Amelia entre las suyas, con pasión de hombre y entusiasmo de artista.) ¡Ay, Amelia!... ¡Amelia!... Cuando soñé esta obra, cuando ví alzarse dentro de mi cerebro la hembra generosa y valiente en torno de la cual debía girar todo el drama, no llegué con mis sueños donde ha llegado usted con su inspiración.

AMEL. ¡Emilio!

EMILIO No es galantería, verdad es. Nunca he visto una alma y unos nervios vibrar tan intensa, tan hondamente. Nunca vi á nadie asimilarse el personaje de una ficción poética y hacerlo carne viva como lo ha hecho usted. Gestos, actitudes, entonación... Ha sido usted la realidad misma.

AMEL ¿Cómo no? La realidad vive en el personaje y se lo hace á una vivir por entero. Estoy viviéndolo desde que me leyó usted el drama.

EMILIO ¡Y yo!... ¡Yo pensé en usted al escribirlo! Usted guiaba mi pluma sobre las cuartillas. A cada párrafo concluído, la veía apoderarse de él para transformarlo en oleadas de sangre joven, en sacudidas de nervios sin domar, para transmitirlo á la gente con los

mirares apasionados de sus ojos, con los ademanes altivos de su cuerpo, con los musicales acentos de su voz.., con usted toda entera puesta, por bondad de su espíritu, al servicio de mis pobres sueños de gloria.

AMEL. Por bondad, no; porque el personaje ¿y á qué no decírselo á usted? el poeta que le dió forma, se me entraron en el corazón. A un tiempo se enseñorearon de mí las pasiones sentidas por ese personaje y las ansias sentidas por usted. Durante estos últimos días, yo no he sido yo, he sido *ella* y he sido si no usted mismo, un reflejo de usted y de sus anhelos y esperanzas. Por eso, cuando cayó el telón, me dirigí á usted y le dfje: ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado! ¡Qué hermoso abrazo el nuestro! ¡de artistas, de compañeros que fueron juntos al combate y se saludan después de la victoria!...

EMILIO ¿Sólo eso era su abrazo? ¿Sólo abrazaba la artista al artista? ¿Y la mujer al hombre?..

AMAL. ¡Emilio!...

EMILIO ¿No había en aquel abrazo algo así como el resumen de nuestras conversaciones en voz baja, de nuestras confidencias? ¿Es sólo á la gran actriz á quien debo y ofrezco mi gloria?... No voy á hallar mujer á quien ofrecérsela.

AMEL. ¿Mujer? Dentro de poco entrará aquí Teresa.

EMILIO ¡Teresa!... Sabe usted que no es con ella con quien deseo compartir este triunfo, todos mis triunfos: es con usted; ¿juntos lo alcanzamos? ley de justicia, de amor será que también lo disfrutemos juntos.

AMEL. ¡Emilio! (Con apasionada confusión.)

EMILIO ¡Contésteme usted!...

(Se escucha fuera rumor de pasos y de voces.)

AMEL. Viene gente. Es el epílogo del éxito. (Hay coquetería.) ¡Hay que resignarse!

(Entran por la puerta de la derecha Antonio, y á continuación de él Nuevalos.—Peñagrís y ocho ó diez individuos, vestidos unos de levita, otros de frac, de americana alguno; procúrese que esta escena dé idea

del aspecto que ofrecen los saloncillos de teatros después de un éxito. Los personajes secundarios pueden entrar, salir, renovarse, en una palabra; unos abrazarán á Emilio, otros estrecharán su mano ó la de Amelia; cuáles hablarán aparte... En fin, ya está dicho. El saloncillo de un teatro después de un éxito.)

ESCENA XII

AMELIA, ANTONIO, NUEVALOS, PEÑAGRIS. PERSONAJES 1.°, 2.°, 3.° y 4.° PERSONAJES DIVERSOS. Al final GONZÁLEZ vestido y caracterizado de chulo

ANT. ¡Aquí están los héroes! Un abrazo. (A Emilio abrazándole con efusión. Empieza á entrar gente, saludando á Emilio y á Amelia.)

NUE. (A Amelia.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Es usted una fiera!

PEÑ. ¡Qué obra!... Qué obra, ¿eh? (Dirigiéndose al Personaje primero, un sietemesino muy peripuesto.) (Aparte.) ¿A tí, qué te parece?

PER. 1.° Hombre, yo he aplaudido; pero hasta ver qué dicen mañana los periódicos, no tengo opinión.

ANT. (Estrechando con efusión la mano de Amelia.) No la he visto á usted. Tenía miedo de estar en la sala. ¡Si querré á este hombre que he temblado por él, yo que casi nunca tiemblo por mí! De todos modos mi enhorabuena más cordial.

AMEL. Muchas gracias, Antonio.

PEÑ. (A Emilio.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Quién pudiera ser como usted que tiene la suerte de tropezar con esas ideas.

PER. 2.° (Muchacho joven, vestido de americana, á Personaje tercero, que viste de frac.) Este señor cree que las ideas son como los premios de la lotería y que entran en sorteo.

PER. 3.° La comedia es hermosa.

PER. 4.° (Acercándose á los personajes segundo y tercero.) Sí, tiene mérito, mérito relativo, naturalmente. Hay que descontar la interpretación. El final es muy espinoso. ¡Luego el autor olvi-

da lo que exige el culto de la escena!... ¡El carácter sagrado de la madre!... ¡Una madre siempre es una madre!

ANT. (A Personaje segundo.) Y un necio, un necio. No tiene vuelta de hoja. (Entra González.)

GONZ. (Dirigiéndose á Emilio, en torno del cual se habrá formado un grupo como en torno de Amelia.) ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Despampanante, don Emilio, despampanante! ¡Bravo, doña Amelia! Habrá que leer la prensa mañana. (Dirigiéndose hacia el Personaje segundo.) ¿Le ha gustado á usted la interpretación?

PER. 2.º ¡Mucho!

GONZ. De suerte que mañana el periódico..

PER. 2.º No echaré en olvido su mutis.

GONZ. Gracias, Hurtado, muchas gracias. (A Antonio, á quien se dirige después de despedirse del Personaje segundo.) Es el primer crítico de España. (Aparecen en la primera puerta derecha La Peñagrís, La Nuevalos y Teresa. Algunos personajes se habrán retirado, otros entrarán saludando á Emilio, á quien abruman con abrazos y apretones de manos. Amelia, al ver á las señoras, se levanta y se dirige á ellas.)

ESCENA XIII

DICHOS, LA NUEVALOS, LA PEÑAGRIS y TERESA

AMEL. ¡Adelante, señoras!

LA PEÑ. (Abrazando y besando á Amelia.) ¡Olé, maestra! Eso es entrar corto y derecho. (Se dirige hacia Rojas mientras La Nuevalos saluda á Amelia. A Rojas.) ¡Superior! (Alargándole la mano.) Choque el hombre.

LA NUE. (A Amelia. Mirando y remirando el vestido que lleva puesto.) ¡Elegantísima! ¡Elegantísima! ¿Quién le ha hecho á usted el traje?

AMEL. ¡Ah! ¿Es el traje lo que admira usted? Me lo ha hecho mi modisto. (Se dirige á Teresa, que ha permanecido en un extremo de la sala, luego de saludar y ser saludada con la mano á Emilio y por Emilio.) ¿Qué hace usted ahí arrinconada?

(Dándole la mano.) ¿Tiembla? Cierto que el rato no ha sido para menos.

TER. (Emocionada.) No, no vuelvo más. (Sonriendo.) Por supuesto, siempre digo lo mismo, y después no me puedo quedar en casa. ¡Qué angustias desde que el telón se levanta hasta que cae por última vez! He ido siguiéndoles á ustedes palabra tras palabra con los dedos clavados en la barandilla del palco. A cada rumor se hundían mis uñas en el terciopelo; á cada aplauso me ponía en pie. ¡Qué sufrir tan sin tregua! Los guantes, mírelos usted, ratos de morderlos. En fin, ¡ya triunfó!

AMEL. Vamos, siéntense ustedes. Charlaremos mientras cambio de ropa. (Entra en el tocador.)

PER. 1.º (A Emilio.) Repito mis plácemes. (Despidiéndose.)

PER. 2.º (Idem.) Esté usted seguro de que aun siendo, como somos, compañeros de oficio es sincera mi felicitación.

EMILIO Vale usted mucho para envidioso. (Los Personajes primero y segundo se retiran acompañados del tercero y cuarto, que se despiden de Emilio. Los otros personajes han ido saliendo durante el diálogo anterior y conforme á las indicaciones que tenga por conveniente hacer el director de escena.)

LA NUE. (A González.) ¡Qué gracioso... pero qué gracioso ha estado usted!

GONZ. En la pieza tengo una escena que es la mar. ¿Saldrá usted al público?

LA NUE. Indudablemente.

LA PEÑ. (A Antonio.) ¿Qué papel hace González en la pieza?

ANT. ¿No lo ve usted? Un chulo.

LA PEÑ. Sí es necia mi pregunta. ¡No hay más que mirarle! Está muy en carácter, muy propio.

GONZ. Voy á empezar. (Sale.)

LA NUE. (A su marido.) ¿Me acompañas al palco?

NUE. Con mucho gusto. (A González y Antonio.) Hasta pronto. Vuelvo en seguida.

LA NUE. Amelia, mis plácemes.

AMEL. (Desde dentro.) Gracias, Carmen, gracias. (González ha salido ya por la derecha. Salen también La Nuevalos y Nuevalos.)

PEÑ. Salgo con ustedes. (A su hija.) Si quieres que te acompañe, ya sabes, en la cantina estoy. (Vase.)

ESCENA XIV

TERESA, LA PEÑAGRIS, ANTONIO y EMILIO. Al comenzar esta escena, La Peñagrís ha tomado asiento en el extremo opuesto al sitio que Teresa ocupa en el saloncillo. Emilio, que ha estado hablando con Antonio, se dirige donde está Teresa y toma asiento al lado suyo. Antonio lo hace junto á La Peñagrís

TER. (A Emilio.) Creí que no iban á dejarte solo. ¡Cuánta pesadez!...

EMILIO Hay que agradecerlo. Ellos son los que me hacen triunfar.

TER. Debían ser más considerados y pensar que hay en este saloncito una criatura con mejor derecho que nadie para coger tus manos en las suyas y decirte: ¡Qué feliz soy, Emilio!

EMILIO ¡Como yo!... ¿Qué te ha parecido la comedia?

TER. ¿A mí?... ¿Pues no es tuya? (Siguen hablando.)

LA PEÑ. (A Antonio.) ¡Sujetarme yo á un hombre!... ¡Como no, morena!

ANT. Moreno.

LA PEÑ. Bien, hombre, es un decir. ¡Sujetarme! ¡Así que ustedes lo merecen!

TER. ¡Qué final tan hermoso!

ANT. ¿No lo merecemos?

LA PEÑ. ¡Ahí tiene usted á su amiguito! Valiente charrán. ¡Hacer lo que hace con Teresa! También Amelia se las trae. Eso no es ser buena.

ANT. ¿Es usted quien habla?

LA PEÑ. Yo; no se extrañe usted; ahora no hablo, siento. Para sentir tengo otro diccionario.

ANT. ¡Eh! (Mirando á La Peñagrís con admirativa sorpresa.)

TER. ¿Me acompañarás?

EMILIO ¡Imposible!... Me pertenezco á los amigos.

TER. ¡Los amigos! ¡Y á Amelia también!... Todos antes que yo. ¡Y esta noche!

EMILIO ¡No seas niña!

LA PEÑ. (A Antonio.) ¿No le parece á usted que estorbamos? (Por Teresa y Emilio. Se levanta y entreabre las cortinas del tocador.) Vaya, aquí me cuelo.

AMEL. ¡Adelante!

ANT. (A Teresa y Emilio.) Voy á saludar á Méndez. (Sale por la puerta derecha.)

ESCENA XV

TERESA, EMILIO, LA PEÑAGRIS y AMELIA (dentro). Al final MARTORIA

TER. ¡No me dejes ir sola!

EMILIO (Impaciente.) ¡Vuelta! Te repito que es imposible.

TER. (Con celosa amargura.) Imposible, dejarla.

EMILIO ¿Empiezas con tus celos ridículos? Amelia y yo nos tratamos con la intimidad con que se tratan los artistas; no tengo con ella otro género de relaciones. ¡No seas majadera, mujer! (Cariñosamente cogiendo entre las manos suyas las de Teresa.) ¿Vas á dudar de mí?

TER. (Con cariño.) ¡Emilio!... (Emilio y Teresa estarán de espalda al tocador por entre las cortinas del cual asoma Amelia la cabeza contemplando á Teresa y Emilio y oyendo las palabras que siguen.)

EMILIO Terminaré lo antes posible y en seguida á tu casa.

TER. ¿Irás luego? (Con ansiedad.)

EMILIO ¡Pues no faltaba más! (Amelia hace un gesto de despecho y se retira de entre las cortinas.)

AMEL (Dentro.) ¡Qué hombre tan simpático es Martoria! (Emilio al oir esto hace un gesto de ira y vuelve la cabeza hacia el tocador, observado celosamente por Teresa.)

LA PEÑ. (Dentro.) Y ciego por usted.

AMEL. ¡No será tanto! ¡Qué caballeroso! ¡qué cortés! (Emilio sigue el diálogo como antes.)

TER. (A Emilio.) ¡Júrame que vendrás!

EMILIO (Con aspereza.) ¡Cuántas veces voy á jurarlo! (Entra Martoria por la derecha.)

ESCENA XVI

DICHOS. MARTORIA. Luego ANTONIO

MART. (A Emilio.) No por ser la última es la menos entusiasta mi felicitación. (A Teresa.) También tú la mereces. (Por Amelia.) Y ese prodigio, ¿dónde está? (Amelia sale del tocador seguida por La Peñagrís y vistiendo un sencillo traje.)

AMEL. ¡Aquí, amigo mío!

MART. ¡Sublime! Todos los elogios valdrían poco.

AMEL. No viniendo de usted.

TER. (Levantándose. A La Peñagrís.) ¿Vamos? (Entra Antonio por la derecha.)

LA PEÑ. Cuando gustes.

ANT. ¿Acompaño á ustedes?

LA PEÑ. No hace falta. Nos espera papá.

TER. (Con sequedad cortés.) Adiós, Amelia.

AMEL. (Idem.) Adiós, Teresa. (A la Peñagrís.) Hasta siempre, diablillo.

LA PEÑ ¿Diablillo?... Sí, eso soy: un diablillo insignificante, como si dijéramos un diablo raro. ¡Qué ganas tengo de ascender!...

ANT. Es una golfilla encantadora. (Salen por la derecha Teresa y La Peñagrís.)

ESCENA XVII

AMELIA, ANTONIO, MARTORIA, EMILIO. Al final, ANDREA

AMEL. (A Martoria.) ¿Qué le he parecido á usted en la última escena?

MART. Perdóneme usted. Llegué tarde.

AMEL. ¡Ah, pecador! ¡Tenía yo gran empeño en que me la escuchase usted... O viene á escucharla mañana ó se concluyó la amistad.

MART. ¿Mañana?... Todos los días vendré yo. (Siguen hablando.)

EMILIO (Bajo á Antonio.) ¿Qué le pasa?

ANT. (Idem á Emilio.) Tú lo sabrás; los espolazos van contigo.

MART. ¿No es broma? ¿Quiere usted que venga?

AMEL. Mientras la obra dure. Es la penitencia que le impongo. (Se aparta de Martoria y se dirige donde está Emilio.)

ANT. (Dirigiéndose á Martoria.) No habrá penitente mejor. (Hablan Martoria y Antonio.)

EMILIO (Bajo á Amelia.) ¿Por qué me tortura usted con tanta crueldad?

AMEL. ¿Yo?... ¿Qué hago?

EMILIO ¡Y lo pregunta! ¡Y habla á Martoria como le ha hablado delante de mí, del hombre que cifra su existencia en el amor de usted.

AMEL. Está soñando y cree que habla con Teresa. Despierte, hombre, despierte, soy yo.

EMILIO ¿Teresa?

AMEL. Ese es el amor suyo. Esa la que le espera *luego.*

EMILIO ¿A mí?

AMEL. Usted se lo ha ofrecido. Lo he escuchado yo.

EMILIO Un pretexto. Decir luego es muchas veces decir nunca. No iré.

AMEL. Sería menester probarlo.

EMILIO ¿Cómo? Ordene.

AMEL. ¿Cómo?... (Alto á todos.) Esta noche no hay té, señores. Estoy rendida; necesito retirarme pronto. Ustedes me dispensarán.

MART. Dispensarla, no; obedecerla. (Inclinándose. Antonio y Emilio se levantan en actitud de despedida.)

EMILIO Amelia... (En actitud de despedida también.)

(Sale Andrea del tocador con un abrigo que deja encima de una butaca.)

AMEL. (A Emilio.) No; usted no se vaya aún. Tengo que consultarle... á propósito de mi papel.

MART. (Bajo.) ¡Ah! (Salen Martoria y Antonio por la derecha.)

EMILIO Amelia... (Con pasión.)

AMEL. (A Andrea.) Avisa el carruaje. (Sale Andrea por la derecha.)

ESCENA XVIII

AMELIA y EMILIO

AMEL. ¿Conque irá luego?

EMILIO No; yo no puedo apartarme de usted. ¿Faltaba algo para unirnos? Ese algo ha sido el aplauso del público envolviéndonos en una tempestad de gloria.

AMEL. ¿No irá usted?

EMILIO No, Amelia, se lo juro; no iré; no quiero ir.

AMEL. Es que tampoco yo quiero que vaya, que comparta con nadie la victoria que hemos ganado juntos.

EMILIO No iré. ¡Solo tuyo, Amelia!

AMEL. ¿Solo?

EMILIO Solo y para tí sola.

AMEL. (Avanzando hacia él y apoyando sus manos en los hombros de Enilio.) Entonces, rey y señor, dispón de tu esclava. (Deja caer la cabeza en el hombro de Emilio.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa una habitación central de un hotel, decorada con lujo. A la derecha, en primer término, una mesa escritorio con todos los accesorios propios á ella. A la izquierda, en primer término también, un diván. El resto del mueblaje apropiado á la decoración.

Al fondo, una puerta grande que comunicará con un corredor ancho y perfectamente visible. Una puertecilla de comunicación practicable á la derecha y otra semejante á la izquierda.

Supónese que ocurre la escena en San Sebastián durante la temporada de verano y en la época en que es mayor y más distinguida la concurrencia.

Al levantarse el telón aparece en escena un criado del hotel retirando de un veladorcito un servicio de té. Inmediatamente se abre la puertecilla de comunicación de la derecha, dando paso á Andrea.

ESCENA PRIMERA

ANDREA, el CRIADO. Al final PEPITA

AND. ¿Engancharon ya?

CRIADO Creo que sí.

AND. Averígüelo usted y avise; la señora se está acabando de vestir.

CRIADO En seguida. (Se dirige hacia la puerta del fondo por la que entra Pepita en traje de mañana.)

PEP. Buenos días. ¿Está visible doña Amelia (A Andrea.)

CRIADO Con permiso. (Sale por el fondo.)

ESCENA II

ANDREA y PEPITA

AND. Como visible si lo está. Ahora que haría usted mejor no viéndola.

PEP. ¿Corren malos vientos?

AND. Tempestad.

PEP. ¿Dura lo de anoche?

AND. Lo de anoche y lo de ayer y lo de anteayer y lo de hoy y lo que ocurrirá mañana. Nada, señorita Marín, se torció el carro y no hay quien lo enderece.

PEP. ¡Qué lástima!... ¡Tan bien como empezaron!...

AND. Demasiado bien y demasiado pronto. Esos empiezos traen siempre malos fines. No será porque no se lo aconsejé. Sí, sí; buena estaba ella para avisos.

PEP. ¿Avisos? Como si llamasen á un muerto. ¡Menudos avisitos me han dado á mí por causa de Enrique! ¡Que si quieres!... Cuando una se cuela, ¡cataplúm!... Cinco años llevo con Enrique. Todas las mañanas abro los ojos resuelta á concluir con él. Pues llega la noche y, créamelo usted, no concluyo... ¿De manera que continuaron la bronca después de la función?

AND. El se fué al Casino y volvió á las cuatro, de perder y jugar según acostumbra. De lo suyo pierde, claro es.

PEP. ¡Todavía se queja doña Amelia!... Para perder, González junta los dos sueldos. ¿Conque volvió á las cuatro?

AND. Con un humor de perros y... no es criticar, pero había cenado fuerte.

PEP. ¡Tendría que oir doña Amelia!

AND. Fué regular.

PEP. Siempre saldría Martoria á relucir.

AND. Martoria por un lado y doña Teresa por otro.

PEP. ¿Teresa? ¡Bah, Teresa no le importa á Emilio Rojas un pimiento! El sólo quiere á doña Amelia.

AND. Lo mismo que ella á él, de imaginación. Don Emilio está... ¿cómo le diría yo á usted?... *enmujerao* con la señora. A ella le pasa algo por el estilo. ¿De aquí? (El corazón.) ¿De aquí? ¡Ni esto! (Mordiéndose la uña del pulgar.)

PEP. Exagera usted.

AND. Y desde que vinimos á hacer la temporada en San Sebastián, los disgustos llueven. ¡Claro! Aquí, á seis kilómetros de la población reside doña Teresa, lo mismo que todos los veranos, en la finca de su propiedad. Aquí está Martoria *erre* que *erre*, y aquí está mi señora harta de cuestiones y de trampas.

PEP. No mientes cosas tristes.

AND. ¿También anda usted mal?...

PEP. Sí, hija de mi alma, sí. Al hombre le ha dado por el *treinta* y *cuarenta*.

AND. ¡Ah!

PEP. No acierta una. De forma que no bastan sueldos... ni sobresueldos. ¡Dichoso casinito!... ¡Todo el mundo pierde!... Volviendo á lo anterior. ¿Es que Rojas ha tratado de ver á Teresa? ¿Es que el Duque...

AND. Hasta la presente, fidelidad completa. Pero (Señalando las puertas de derecha é izquierda.) mire usted, las comunicaciones interrumpidas.

PEP. Momentáneamente; interrumpidas por el temporal. Pronto volverán á tener línea franca. (Se abre la puerta de la derecha y entra por ella Amelia en traje de mañana.)

ESCENA III

AMELIA, PEPITA y ANDREA

AMEL. Felices. (Con displicencia. Se deja caer en el diván.)

AND. Ya dije que engancharan.

AMEL. Dí que desenganchen.

AND. Corriente. (Sale Andrea por el fondo.)

ESCENA IV

AMELIA, PEPITA. Al final ANDREA

PEP. ¿No sale usted?

AMEL. No.

PEP. En el *boulevard* he tropezado á La Peñagrís; me ha dicho que anoche quedó con usted en venir á buscarla.

AMEL. Se irá por donde venga. No salgo. Tú si quieres puedes pasear lo que gustes. Ahí tienes mi coche.

PEP. Es...

AMEL. ¿Lo haces por no ir sola? Busca una amiga que te acompañe. Para ir en coche siempre hay gente. (Se levanta y toca un timbre que habrá en la pared.)

PEP. No es por eso. Anímese usted; venga. (Afectuosamente.)

AMEL. Me duele la cabeza; estoy muy nerviosa (Impaciente y malhumorada.) No tengo ganas de salir, se acabó. (A Andrea que entra por el fondo.) El coche...

AND. Dije que lo desengancharan.

AMEL. Vuelve á decir que no lo desenganchen. (Sale Andrea por el fondo.)

ESCENA V

AMELIA, PEPITA, luego EMILIO

PEP. Déjese usted de niñerías. Venga á dar una vueltecita conmigo.

AMEL. No, hija, no. Vé tú, al camino de Zarauz á tomar el fresco ó á la Concha á oir necedades. Yo para oirlas no necesito salir del hotel.

PEP. Como usted quiera. (Entra Emilio por el fondo.)

AMEL. Vé, Pepita, vé. Si encuentras á la Peñagrís, dile que se puede excusar el viaje.

EMILIO ¿No paseas esta mañana?

AMEL. No.

EMILIO ¿Estás enferma?

AMEL. Precisamente enferma... Sin ganas de salir. (*A Pepita.*) No pierdas el tiempo. A divertirte. Feliz tú que lo puedes hacer. (*Sale Pepita por el fondo. Amelia y Emilio quedan sentados uno frente á otro sin hablar, ni mirarse, en una de esas pausas enojosas que preceden á la conversación entre dos amantes peleados.*)

ESCENA VI

AMELIA y EMILIO. Al final ANDREA

EMILIO Efectivamente, no te diviertes *ya* á mi lado. El tiempo aquél ha concluído.

AMEL. No será por mi culpa.

EMILIO ¿Por qué te complaces en hacer de esta vida nuestra un infierno?

AMEL. ¡Ah!... ¿Soy yo?... ¡Muchas gracias, hombre! No me quedaba más que oir.

EMILIO Amelia...

AMEL. ¡Soy yo la culpable! ¡Sí, cuando uno empieza á cansarse de las cosas, hay que buscar un medio cualquiera! Loca estuve para no adivinar el pago que iba á tener mi amor.

EMILIO Tu capricho, debes decir.

AMEL. ¿Mi capricho?

EMILIO Sólo capricho fué lo que sentiste por mí.

AMEL. ¡Capricho! ¡Y lo dice!... ¿Fué capricho vivir pendiente de tu boca desde que me hablaste por vez primera? ¿Fué capricho entrar en tus ambiciones de artista y consagrarme al triunfo tuyo más que al mío propio? ¿Ha sido por capricho por lo que he sufrido tus vicios y tus egoísmos y tus soberbias?

EMILIO ¡Amelia!

AMEL. Si no sabes ser amante, sé por lo menos agradecido; sé justo. Sé honrado; y no inventes culpas en mí para justificar las que tú cometas.

EMILIO ¿Yo?... ¿Culpas yo?

AMEL. ¡Afirmará que no las tiene!

EMILIO ¿Dónde están, mujer? Dilas.

AMEL. ¡Capricho! Así lo fuera, y hubiese concluído de sufrir humillaciones y tormentos. ¡Capricho!... ¿Te atreves á decir eso en alta voz? Pronto has olvidado las horas que precedieron á aquella hora que fué, según me jurabas entonces, la única absolutamente feliz de tu vida.

EMILIO Lo juré entonces y lo juraré siempre.

AMEL. No, entonces. Entonces, mis palabras eran las que pronuncia el amor verdadero, mis acciones las de la mujer pronta á entregar al hombre adorado, corazón, alma... ¡qué sé yo!... Yo era la sola criatura capaz de entenderte, de compenetrarme contigo, de acompañarte en el triunfo y consolarte en la derrota...

EMILIO ¡Oye!

AMEL. Entonces era yo una amante sublime. Ahora soy una hembra caprichosa. Qué mudanza tan radical, ¿eh?

EMILIO ¿Me quieres escuchar?

AMEL. Te prefiero cruel á falso. Si te has cansado de mí, si deseas dejarme, déjame; pero no me insultes. (Llorando.)

EMILIO ¡Dejarte!... ¿Qué es lo que hablas?... ¡Dejarte!... ¿Crees que podría? Con todos los martirios que me haces padecer te quiero, te necesito para mí solo, ¡solo!

AMEL. ¡Martirizarte yo!

EMILIO Martirizarme de un modo horrible.

AMEL. ¿Por qué?

EMILIO Porque no eres mía, completamente mía, porque no me perteneces por entero, porque te escapas con el pensamiento de mí.

AMEL. ¿Yo!

EMILIO No trates de negarlo. No, no eres mía, te escapas muchas veces de mí, muchas, hasta cuando te sujetan mis brazos.

AMEL. ¡Ese eres tú!

EMILIO Tú. Ahí tienes mi tormento. ¡Pero dejarte yo, perderte, saber que no volveré á po-

seerte más!... Eso nunca. ¡Dejarte! ¿Cómo voy á dejarte, si hace un minuto, cuando hablabas, todos los recuerdos de nuestros primeros días de amor golpeaban en mi alma y tu primer beso chasqueaba como una onda de voluptuosidad en mi cráneo, y tus caricias, todas tus caricias, se confundían en una sola ráfaga de lumbre que abrasaba mi sangre y que electrizaba mis nervios? No, Amelia. ¡Ni yo dejarte, ni tú dejarme! ¡Eso es imposible! ¿Verdad que es imposible? ¡Responde! (Cogiendo á Amelia por los brazos y atrayéndola hacia él en un arranque de pasión invencible y carnal.)

AMEL. ¿Responderte? Si me hablaras siempre de este modo, ¿tendrías necesidad de pregunme? (Lo mismo.)

EMILIO ¿Verdad que tu amor es mío, que nada hay por encima de él?

AMEL. ¡Emilio...! ¿A qué tales preguntas?

EMILIO A que dudo, á que imagino—¡crueles imaginaciones mías!—que mi cariño te pesa ya en el corazón.

AMEL. ¿Te pesa el mío á tí?

EMILIO Es del tuyo del que hablo. ¿Soy para tí el Emilio de antes? ¿No hay nadie, entiéndeme bien, nadie que se asome á tu corazón para arrojarme de él?

AMEL. ¿Quién?... ¿Cuándo te he dado motivo á sospechar...?

EMILIO Martoria...

AMEL. ¡Ya salió á relucir!... Es ridículo tu empeño en darme celos con Martoria. Pude escogerle en lugar tuyo. No lo hice. Tus celos son absurdos.

EMILIO ¿Absurdos!...

AMEL. Absurdos. No tienes derecho á sentirlos. ¡Si fuese yo!

EMILIO ¿Tú?... ¿De quién?

AMEL. De Teresa, de esa criatura ideal, de esa enamorada Mecenas, de esa santa del almanaque venusiano á quien recuerdas siempre que se suscita una cuestión.

EMILIO La he dejado por tí.

AMEL. Donde se estuvo tantas veces á gusto, se puede volver una vez más.

EMILIO No he vuelto. En cambio Martoria te ve todos los días en un sitio ó en otro. Menos mal que tú le acoges con una cortesía extremada.

AMEL. Nada inconveniente me dice. No voy á ser grosera. ¿Pretendes que me enclaustre y me separe de la gente yo que de ella vivo?

EMILIO Nada pretendo. Repito que Martoria está muy asiduo contigo y tú muy afable con él.

AMEL. Como con todos.

EMILIO Más. Al fin y á la postre lo merece. Grande de España y rico.

AMEL. Lo mismo que Teresa, con la ventaja de que todavía no es mártir.

EMILIO Deja á Teresa en paz. Das pruebas de muy mal gusto mofándote de ella.

AMEL. ¡Qué barbaridad! .. ¡No toquemos á la santa que se ofende el señor!... Pues oye, si mis labios sólo con nombrarla la ofenden, valdrá más que yo. Y como vale más que yo, tú debes hacer una cosa.

EMILIO ¿Cuál?

AMEL. Dejarme y marcharte con ella.

EMILIO Quizá te conviniese.

AMEL. ¿A mí?

EMILIO De ese modo Martoria campo libre. Después de todo, llegaría en buena ocasión.

AMEL. ¿Qué insinúas?... ¡Bah! ¡Es para reirse! Puede que me consideres capaz de venderme.

EMILIO ¡Amelia!...

AMEL. Pruebas de ello he dado queriéndote. No creo que me hayan rendido tus caudales...

EMILIO Tienes razón; soy pobre.

AMEL. Siéndolo te quise. Ello no es obstáculo para que me trates como á las que se ponen á precio. ¿Cuál te puse á tí? ¿Por qué he sido yo tuya?... No supondrás que lo fuí porque tú eres un gran autor.

EMILIO Yo...

AMEL. Por fortuna, ¡que por fortuna! porque lo he ganado con mi entendimiento no me hace falta nadie para seguir siendo quien soy.

Me basto yo sola. No todos podrán decir lo mismo.

EMILIO Yo sí.

AMEL. Bien: por ese lado en paz. ¿Tienes algo más que añadir?

EMILIO Que te prohibo el trato con Martoria.

AMEL. ¿A mí?

EMILIO A tí.

AMEL. ¡Estás demente! Ni por tí ni por nadie perderé yo mi libertad, mi derecho á vivir conforme me plazca, á tratar con quien me parezca, á ser absoluta dueña de mi albedrío. No y cien veces no. No lo pienses.

EMILIO No pienses tú que yo supeditaré mi condición de hombre y de artista á los caprichos y veleidades tuyas. Sufra tus estravagancias y tus *distracciones* quien necesite glorias de reflejo para sostenerse ó para lucir. Yo tengo la mía. Con ella me sobra para no padecer vergüenzas, ni soportar imposiciones. Ya lo sabes.

AMEL. También lo sabes tú.

EMILIO ¡Y por esta mujer he dejado mi felicidad!

AMEL. ¡Su felicidad! Es decir, Teresa.

EMILIO Te probaré que no nací para juguete.

AMEL. Y yo que no he nacido para esclava.

EMILIO Con ese nombre entre los labios me ofreciste tu primer beso.

AMEL. Para ser esclava de tu amor, no de tu capricho y de tu orgullo.

EMILIO ¡Y yo...!

AMEL. Sí, hombre, ya sé que has perdido por quererme tu felicidad. ¡Qué desgracia! Yo que me consideraba más que suficiente para hacer feliz á cualquiera. ¡Por lo visto me equivoqué!... ¡Bah! No pierdo la esperanza. Aun soy joven.

EMILIO (Con ira.) ¡Amelia! (Entra Andrea por el fondo.)

AND. Doña Pepita y la marquesa de Peñagrís. (Se retira Andrea. Amelia por un violento esfuerzo de voluntad domina su enojo y avanza hacia el fondo sonriente y tranquila.)

AMEL. (Dirigiéndose al fondo.) ¡Adelante, adelante!

EMILIO (Con sarcasmo.) Eso sí; como buena cómica lo

eres (Amelia se vuelve como si fuese á contestar; luego se encoge despreciativamente de hombros y llega al fondo donde aparecen La Peñagrís y Pepita Marín.)

ESCENA VII

AMELIA, EMILIO, LA PEÑAGRÍS, PEPITA MARIN. En seguida ANTONIO

AMEL. (A La Peñagrís.) ¿No dijo á usted Pepita?...

LA PEÑ Por ello, porque se halla usted indispuesta me he dado tanta prisa en venir. (Entra Antonio por el fondo.)

ANT. A mí no me ha anunciado nadie. Me anunciaré yo: Antonio Méndez, pintor, primera medalla, caballero gran cruz de Isabel la Católica...

LA PEÑ. Guasa viva y embuste perpetuo.

ANT. En este momento se me ocurría llamar á usted preciosa.

LA PEÑ. No se detenga; embustes así siempre se toman por verdades. ¡Hola, Rojas!...

EMILIO Susana... (Inclinándose.)

LA PEÑ. (A Amelia.) Pues sí, me topé con Pepita...

PEP. Hace un momento ..

LA PEÑ. Por ella supe que no está usted bien. ¡Cómo no venir! Envié á doña Mercedes al domicilio, me colé con esta en el coche de usted y aquí estoy, más tranquila, porque la cosa no parece grave. En la puerta del hotel se nos ha unido este pelmazo.

ANT. Ustedes se han unido á mí. Yo venía en busca de este mozo. (Por Emilio.)

AMEL. (A la Peñagris.) Siéntense. (Lo hacen Amelia, Susana y Pepita. Emilio y Antonio, continúan en pie.)

ANT. (A Emilio.) Tú, ¿qué tal?

EMILIO Ya me despedía.

LA PEÑ. ¿Porque hemos entrado nosotras?

EMILIO No; mire usted, tenía el sombrero en la mano. Ando muy metido en faena. El nuevo drama... Necesito concluirlo cuanto antes y me trae á mal traer Todo el tiempo resulta escaso. Es mi idea fija.

La Peñ Se nota Y deben ser escenas tremebundas las que tiene usted entre manos. La cara lo dice... ¡Qué ceño!... ¡Qué mirar tan sombrío! Parece el moro de Venecia.

Emilio ¡Siempre chistosa!

La Peñ ¡Qué quiere usted!... La gente me ha dado ese oficio; no tengo más remedio que ganarme el jornal.

Pep. (A Amelia.) Hemos visto al duque también.

Amel. ¿A Martoria? (Movimiento de despecho en Emilio.)

Pep. Manifestó gran interés por saber de usted y nos encargó que la saludáramos.

Emilio Es muy galante el duque. (Con despecho.)

Amel. Y tiene un gran talento, el de saber hacerse simpático.

Emilio Yo, con el permiso de ustedes... Voy á ver si el aire libre me regala algunas ideas. Diré lo que hace un momento Susana. Hay que cumplir con el oficio.

Ant. ¿Quieres que te acompañe?

Emilio No; prefiero ir sólo. Ya sabes lo que son estas cosas.

Ant. Tanto como lo sé.

Emilio Servidor... (Sale por el fondo.)

ESCENA VIII

AMELIA, LA PEÑAGRÍS, PEPITA, ANTONIO

Amel. (A La Peñagrís.) ¡Quédese usted á almorzar conmigo!

La Peñ. No puedo. Tenemos convidados en casa. Estaré un poco y luego...

Pep. Nos iremos juntas. Antes desearía pedir un favor á doña Amelia.

Amel. ¿Cuál?

Pep. Que me dejase usted algunos adornos de su joyero antiguo para la función de esta noche. El mío vale poco; como hago de reina ..

Amel. Con mucho gusto, hija... Entra, entra y escogerás. Salimos al instante. (Se dirige con Pepita hacia la puerta derecha.)

PEP. (Al llegar cerca de la puerta.) Usted me dispense... (A Amelia.)

AMEL. Dispensarte. Al contrario; entremos pronto. Así me podré desahogar. ¡Si no lloro me muero! (Sale con Pepita por la puerta derecha.).

ESCENA IX

LA PEÑAGRÍS, ANTONIO

LA PEÑ. Esto va cada vez peor. (Por Emilio y Amelia.)

ANT. Era de presumir; dos locos en una misma jaula, concluyen destrozándose. Usted, no hay que hablar, lo mismo que ayer, libre, feliz, independiente...

LA PEÑ. Y sin haberme abierto al cartaginés.

ANT. ¡Pobre del cartaginés que desembarcase! Es más difícil domar á usted, que á la España de aquellos tiempos.

LA PEÑ. ¡Quién sabe!... Dominada quizás me revolviese. Enamorada sería la más sumisa de las colonias.

ANT. (Riendo.) ¡Enamorarse usted!...

LA PEÑ. Me juzga incapaz de ello.

ANT. ¡Ptchs!

LA PEÑ. El amor es la religión de las mujeres; yo soy una mujer, muy mujer; no tenga usted duda.

ANT. ¡Dios me libre!... Pero...

LA PEÑ. ¡Ah!... Mi carácter. ¡Que vamos á hacerle! Mi madre se murió cuando vine yo al mundo; mi padre, por lo que toca á cuidarse de mí, muerto y panteonado. Mis institutrices.. ¡Ptchs! Me crié como los indios de las Pampas, en libertad. Soy una salvaje que sabe cuatro idiomas y tocar el piano.

ANT. ¡Es usted!...

LA PEÑ. Una especie de marimacho, muy descarada en el lenguaje y en las exterioridades del vivir; una golfa platónica.

ANT. No tanto, criatura.

LA PEÑ. Sí. Sólo que esto no es más que la corteza. Raspándola un poco se encuentra una buena muchacha.

ANT. Tal he creído desde que la suerte me hizo tratar á usted con intimidad.

LA PEÑ Del mal el menos, hombre. Sentiría que me juzgase usted como el vulgo.

ANT. ¿Formalmente?

LA PEÑ Entre mis muchos defectos no entra el de fingir.

ANT. (Pensativo) ¡Raspar la corteza!... ¡Entrar en ese corazoncito!...

LA PEÑ. (También pensativa.) ¿Por qué no?

ANT. Porque es difícil, y porque sería peligroso.

LA PEÑ Según.

ANT. ¿Sabe usted que nos ponemos serios?

LA PEÑ Ni usted ni yo solemos estarlo delante de la gente. Natural es que nos desquitemos.

ANT. ¡Si viera usted qué hombre tan extravagante soy yo! Tendría que ser extraordinaria la mujer que soportara mis rarezas y fuera á mi lado feliz. De ahí que haya tenido siempre amores volanderos.

LA PEÑ Esto es casi una confesión.

ANT. ¡Qué demonio! ¡Alguna vez ha de confesarse uno! ¡Y con qué cura!

LA PEÑ De manga ancha. Pues confesión por confesión. Allá va la mía. El que se casara conmigo, ya sé que el matrimonio es una cosa ridícula, pero ¡vaya! no me resigno á pasar sin ella; el que se casara conmigo, tras poder llevarme al altar satisfactoriamente con vestido blanco y adornos de azahares, podría, queriéndome un poco, tropezarse con su felicidad. Esté usted seguro. Las golfas cuando se enamoran resultan excelentes chicas.

ANT. ¿Sabe usted que nuestras confesiones van haciéndose interesantes?

LA PEÑ ¿Sí?

ANT. (Entre serio y jovial.) ¡Tendría que ver!... (Los dos se miran y ríen. Entran por la derecha Amelia y Pepita. Esta llevando en la mano un cofrecillo que dejará encima del velador.)

ESCENA X

AMELIA, PEPITA, LA PEÑAGRIS, ANTONIO. Al final ANDREA

AMEL. (A Pepita.) Sí, mujer, es mejor que te las lleves todas; para este drama no preciso ninguna. Escoge las que te hagan falta. Susana, perdón.

LA PEÑ. De ninguna manera. Sólo vine por saber de usted. La he visto, y puedo retirarme tranquila. (Levantándose.)

AMEL. ¿Tan pronto?

LA PEÑ. ¡Qué remedio!... (Mirando á Antonio.) Alguna vez he de ser formal. Oficio de ama de casa, y tengo que prepararlo todo.

AMEL. No la detengo. Pepita la acompaña á usted, ¿no?

PEP. ¡Ya lo creo!

AMEL. (A Antonio.) ¿Y usted, aguarda á Emilio para almorzar con él?

ANT. Es muy temprano. Daré convoy á estas jóvenes.

AMEL. ¡Cuidadito, maestro!

ANT. ¿Por qué?

AMEL. Le veo á usted muy interesado por Susana. ¡Mirándolo bien, ella es quien se debe poner en guardia!

ANT. ¿Y eso?

AMEL. Usted es artista y, según propia declaración, los artistas somos inaguantables.

LA PEÑ. ¡Bah! Tengo yo un carácter especialísimo. A prueba de todo. Hasta de artistas. (A Antonio.) Hala, maestro, deme usted el brazo. (Se coge del brazo de Antonio y se dirigen juntos al fondo.)

ANT. ¡Tendría que ver!... ¡Tendría que ver!.. (Salen por el fondo.)

PEP. (A Amelia.) ¿Sale usted después de almorzar?

AMEL. (Tocando el timbre.) No estoy muy decidida. (Entra Andrea cuando han salido La Peñagrís y Antonio.)

AND. ¿Señora?

AMEL. Lleva aquel cofrecillo al carruaje.

PEP. (Cogiendo el cofrecillo.) No faltaría más: yo lo llevaré; no pesa nada. (Sale por el fondo Pepita.)

ESCENA XI

AMELIA, ANDREA. Al final MARTORIA

AMEL. (A Andrea.) Dí que cuando sea hora me suban el almuerzo á mi cuarto.

AND. ¿No baja usted al comedor?

AMEL. ¿Para almorzar con Emilio? ¡En seguida! Le juro que las paga. (A Andrea.) Vé á lo que te he mandado. (Andrea sale.) ¡Qué se figura él! (Vuelve á entrar Andrea.)

AND. El señor duque de Martoria. (Andrea cede el paso á Martoria, y se retira por el fondo.)

ESCENA XII

AMELIA y MARTORIA

AMEL. (Avanzando hacia Martoria)) ¿Usted, amigo mío?

MART. Discúlpeme si soy indiscreto. El interés por su salud justifica la indiscreción.

AMEL. No merecía la pena de que se hubiese molestado. No tuvo importancia.

MART. Siendo así, me congratulo de que haya existido. Ella me proporciona el gusto de ver á usted antes que de costumbre.

AMEL. ¡Cuánta cortesía!

MART. La sinceridad no necesita ser cortés.

AMEL. A juzgar por el traje, va usted de excursión.

MART. Sí; una excursión á Biarritz en automóvil. Cosa de pocas horas. Llegar allí, almorzar y volver.

AMEL. ¿Quiénes van?

MART. La Nuevalos con su marido, el vizconde de Mendara y yo.

AMEL. ¡Delicioso paseo!

MART. Algo falta para que lo sea del todo.

AMEL. ¿Qué?

MART. Que lo hiciera usted con nosotros. La Nuevalos pensó en invitarla. Yo la hice desistir.

AMEL. ¿Usted?...

MART. Contaba con su negativa. Formo parte de la excursión. Rojas no la hubiera dejado venir.

AMEL. ¿El?

MART. Sus celos. (Movimiento de interrupción en Amelia.) Celos injustificados, claro está, pero lógicos y disculpables.

AMEL. Emilio...

MART. Cualquiera en su puesto los tendría del aire. Hermosa como ninguna, y como ninguna inteligente, ¿quién no siente celos de una mujer así? Justo es que los sienta él, y natural que los demás hombres le tengamos envidia.

AMEL. ¿Rojas?...

MART. No soy santo de su devoción. ¡Ojalá me odiase si fueran los motivos preferencias de usted! No, no le agradaría que viniese usted yendo yo.

AMEL. ¿Imagina usted que me tiene secuestrada? (Con despecho.)

MART. No digo tanto. Pero él manda y hay que obedecerle.

AMEL. Emilio no me impone obediencias ridículas. Ni yo las sufriría aunque tratara de imponérmelas.

MART. ¡Quién sabe!

AMEL. Usted cree...

MART. Creo que el amor puede mucho y modifica los caracteres, aun aquellos que se consideran indomables. Antes era usted la artista independiente, libre en sus acciones, una criatura aparte, que cumplía su voluntad conforme á sus deseos. Tenía usted derecho. Cuando se llega en arte á la altura que usted, se han subido muchos escalones por encima del vulgo y se puede vivir más firme y respirar más ancho.

AMEL. Así vivo. (Con orgullo.)

MART. Vivía.

AMEL. ¿Cómo?

MART. Al presente, por el amor de Rojas, ha bajado usted bondadosamente esos escalones y se ha hecho una mujercita de su casa.

AMEL (Picada.) ¿Habla usted seriamente?

MART. Sí.

AMEL. ¿Lo cree usted?

MART. Lo cree todo el mundo. Yo más.

AMEL. ¿Usted?

MART. Tan lo creo que antes no vacilara en invitarla seguro de que aceptaría. Hoy he influído para que no la inviten, seguro de que no la dejarían aceptar.

AMEL. (Con soberbia arrogante.) Yo soy la de siempre. Ni Rojas me obliga á ser su esclava, ni he nacido para que me encadenen. Antes que de nadie soy mía.

MART. ¿Está usted segura?

AMEL. ¡Sí lo estoy!... ¿Necesita pruebas? Invíteme, invíteme usted á la excursión.

MART. ¿Vendría?

AMEL. Vaya por el automóvil y por sus amigos y vuelva á buscarme.

MART. ¿Realmente nos acompaña?

AMEL. Sí, hombre, sí. Iré con ustedes en el automóvil, almorzaremos juntos, pasaré tres ó cuatro horas en Biarritz. ¿Qué hay en ello de particular?

MART. Para mí una gran alegría: para los otros un gran gusto.

AMEL. Pues vaya y vuelva pronto.

MART. Y si Rojas...

AMEL ¡Rojas! (Toca el timbre.) ¿No ha oído usted que les espero?

(Aparece Andrea en la puerta del fondo.)

MART. Hasta de aquí á un momento. (Sale por el fondo.)

ESCENA XIII

AMELIA y ANDREA

AND. ¿Llamaba?

AMEL. (Mirándose á un espejo.) Así voy bien. (A Andrea.) Sácame el guardapolvo gris, unos guantes del mismo color, una gorra y un velo blanco.

AND. ¿Sale?

AMEL. Dentro de unos minutos, en automóvil, con Martoria y La Nuevalos y su marido y... no sé quién más.

AND. Señorita... (Abriendo la puerta derecha.)

AMEL. ¿Qué?

AND. Usted perdone que me meta donde no me llaman. ¿Y si lo toma á mal don Emilio?

AMEL. Haz lo que te dicen. (Andrea entra en la habitación derecha y Amelia sigue como hablando con ella.) Si lo toma á mal peor para él. ¡Conque la gente cree que soy esclava suya!.. Mientras el señorito se divierte yo pasando plaza de amante cursi y sometida. ¡Que no, ea! Esto no puede ser. ¡Se acabó! (Sale Andrea con las prendas pedidas que deja sobre una butaca.) ¿Está todo?

AND. Señorita...

AMEL. Ayúdame y cierra el pico á tus consejos. (Aparece Emilio en el fondo donde se detiene un instante.)

AND. Don Emilio.

(Emilio repara en las prendas colocadas sobre la butaca. Andrea sale fondo.)

ESCENA XIV

EMILIO y AMELIA

EMILIO ¿Al cabo has resuelto salir?

AMEL. Sí.

EMILIO Perfectamente. Voy á mi cuarto á trabajar.

No puedo entretenerme. Es casi seguro que almuerce allí. Te lo digo para que no me esperéis en el comedor. Si quieres subir cuando concluyas, en mi cuarto estaré escribiendo.

AMEL. No pienso molestarte. Se trabaja solo mejor.

EMILIO Algunas veces. (Dirigiéndose hacia la derecha.)

AMEL Por eso y presumiendo que deseas trabajar solo he aceptado una invitación y voy á almorzar fuera.

EMILIO (Deteniéndose.) ¿Dónde?

AMEL. (Con indiferencia.) A Biarritz.

EMILIO ¿Con quién?

AMEL. (Igual que antes.) Con los de Nuevalos... y con Martoria.

EMILIO ¿Con Martoria!... ¿He oído bien ó intentas burlarte de mí!

AMLE. No me burlo y has oído admirablemente. Vino...

EMILIO ¿Quién?

AMEL. Martoria. Vino á invitarme en nombre de esos señores y en el suyo...

EMILIO ¿Y tú...

AMEL. Acepté.

EMILIO (Procurando dominar su enojo.) Has hecho mal. Te ruego que no vayas.

AMEL. Siento no poder complacerte. Ya es tarde. He dicho que viniesen por mí. No voy á cometer la grosería de plantarlos.

EMILIO (Como antes.) Excúsate con cualquier pretexto. Vuelvo á suplicarte que no vayas.

AMEL. ¿Por qué no he de ir?

EMILIO ¡Y lo preguntas! (Sin poder dominarse.) Vaya, tienes empeño en que se desate mi lengüa. ¿Por qué no irás? Porque va Martoria, tu pretendiente, el hombre á quien distingues en forma que comienza á ser ofensiva para mi decoro.

AMEL ¡Emilio!... Estas loco y me estás injuriando.

EMILIO ¿Loco?... Tal vez consigas volvérmelo tú. ¿Injuriarte?... ¿Desde cuando la verdad es injuria?

AMEL. Me trae sin cuidado que Martoria me pretenda ó no me pretenda. Yo aún no he he-

cho nada, ni hago nada que ofenda tu decoro.

EMILIO (Con sarcasmo.) ¡Aún!... ¡Buen adversabio!... Es decir, todavía no. Sólo estáis en el prólogo.

AMEL. ¡Emilio!

EMILIO Pues oye: Puedes dejarme de querer, has dejado ya, mejor dicho. Esto no puedo yo evitarlo; lo que puedo evitar es que me pongas en ridículo, que me escarnezcas con él delante de la gente: y lo evitaré. Mientras sigas al lado mío, harás lo que conviene á mi dignidad. Después, haz lo que se te antoje. ¡Qué importa!

AMEL. ¿No te importaría lo que hiciese después?... ¡En salvando tu orgullo, te es lo demás indiferente! Sólo el orgullo habla por tu boca. El amor no ha dicho una palabra.

EMILIO No es mi orgullo, mi decoro es el que se rebela. Y es mi amor también; mi amor que no sufre, que no quiere que te corteje ese hombre á quien recibes, á quien acoges con amabilidad rayana en cariño; mi amor que apetece ser, que es *todavía* dueño absoluto de tu cuerpo y de tu alma, y te exige que no vayas hoy donde va ese hombre y que no vuelvas, en lo sucesivo, á cruzar la palabra con él.

AMEL. ¡Cuando digo que estás demente!... Aquí no se trata de tu amor; ya sé yo respetarlo. Aqui se trata de tu orgullo, de tu vanidad, de tu afán de convertirme en cosa tuya, en instrumento de carne á quien su amo guarda bajo cerrojos, para echar mano de él cuando no hay con qué entretenerse.

EMILIO ¡Amelia!

AMEL. Ahí tienes lo que pretendes tú. Te equivocas. No lo conseguirás.

EMILIO Pues has de hacerlo.

AMEL. No. Iré.

EMILIO ¿Qué irás?

AMEL. Tu amada, sí; tu sierva, nunca.

EMILIO ¡Mira lo que haces!

AMEL. Lo que he dicho.

EMILIO ¡Vamos! ¡Arráncate de una vez la careta!...

Sé franca y declara que amas, que deseas á ese hombre.

AMEL. No tengo que declarar nada.

EMILIO. Yo sí. Yo declaro que no vas con él.

AMEL. ¿Porque lo pides tú? (Con desprecio.)

EMILIO. Porque yo lo mando. (Con fiereza.)

AMEL. ¡Mandar!... No nací yo para mandada. (Dirigiéndose hacia el fondo.) Déjame que pase.

EMILIO. (Fuera de si) ¡Dejarte!... ¿No has oído que no quiero que vayas?

AMEL. ¿No has oído que iré? (Amenazando)

EMILIO. ¡No! (Avanzando.) ¡Antes!... (Cogiéndola por las muñecas y sacudiéndola rudamente.)

AMEL. (Con fiereza y bravura.) ¡Oh! ¡Me maltratas! ¡Maltratarme á mí!... ¡Tú! (Desasiéndose con fuerza.)

EMILIO. ¡Calla... calla... porque la cólera me ciega y la cólera sabe matar! (Breve pausa durante la cual Amelia queda frente á Emilio en actitud desafiadora y éste medio vuelto de espaldas á ella en la actitud que el actor considere más oportuna á la situación. Aparece en la puerta del fondo Martoria, é inmediatamente de él, Antonio.)

ESCENA XV

AMELIA, EMILIO, MARTORIA y ANTONIO

MART. (Desde la puerta á Amelia.) Cuando usted disponga. (Entra.—Aparece en el fondo Antonio, y entra también.)

EMILIO. (Con actitud desafiadora.) Amelia no va con ustedes.

ANT. ¿Eh? (Dirigiéndose donde está Emilio.)

MART. (Secamente.) Preguntaba á esta señora. A ella le toca responder.

EMILIO. Respondo yo *aún* (Mirando á Amelia.) por ella y digo...

AMEL. Dirá que en mi voluntad soy yo dueña.

EMILIO. Digo que hace un instante ordené á esta... mujer que no saliera; que por negarse á obedecerme, estuvo á punto de sufrir violencias que luego me hubiese reprochado

por tratarse de eso... de una mujer. ¡Si algún hombre apoyara su negativa!... (Avanzando amenazador hacia Martoria.)

AMEL. ¿Qué?

ANT. ¡Emilio!

MART. ¡Rojas!

EMILIO Si algún hombre apoyara su negativa y ese hombre fuera usted...

MART. (Con fiera arrogancia.) Bastaría que ella lo desease.

EMILIO ¡En tal caso! .. (Avanza hacia Martoria con los puños cerrados.)

ANT. ¡Emilio! (Conteniéndole.)

MART. Le advierto que comigo ciertas acciones no precisa realzarlas. Con indicarlas sobra para todo.

EMILIO Bien está. A sus órdenes.

MART. (Luego de hacer á Emilio una ligera inclinación de cabeza.) A los pies de usté, Amelia. (Desde el fondo.—Este final á la inspiración de los actores.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto tercero.

All evantarse el telón aparecen en escena el marqués de Peñagrís sentado en una butaca delante de un velador, en el que habrá dos copas y una botella. Junto al velador un criado sirviendo la copa que está junto al marqués.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS DE PEÑAGRIS. UN CRIADO

PEÑ. (Al Criado.) Para coronas tengo la mía de marqués. En las copas no me hacen gracia. Llénala. (El Criado la llena.) ¡Ajajá!

CRIADO ¿Desea algo más el señor marqués?

PEÑ. Que no te lleves la botella. Déjala ahí encima por si tardan, que tardarán. Cuando las mujeres se ponen á charlar, no concluyen.

CRIADO (Dejando la botella encima del velador.) A las órdenes de vuecencia. (El Criado se dirige hacia el fondo por donde entra González precipitadamente. El Criado cede el paso á González y sale por el fondo.)

ESCENA II

GONZÁLEZ. EL MARQUÉS DE PEÑAGRÍS

GONZ. ¡Ni una palabra! ¡No hay nadie que sepa una palabra!...

PEÑ. ¿De qué, amigo?

GONZ. Del duelo.

PEÑ. ¡Pues así que se sabe poco! Sabemos que son padrinos de Rojas, Antonio Méndez y Nuevalos; sabemos que lo son de Martoria, Fernando Lacalle y Mendàra; sabemos que el duelo se concertó anoche en condiciones graves, á espada, asaltos de cinco minutos, sin devolver el terreno perdido y á seguir hasta que quede fuera de combate uno de los dos; en resumen, à muerte; sabemos esto y sabemos que el duelo se verificará ó se estará verificando hoy por la mañana. ¿Qué más hay que saber?... ¿Quiere usted una copa? (Cogiendo la botella.)

GONZ. Gracias, no. (Peñagrís vuelve á dejar la botella encima de la mesa.) ¿Qué más hay que saber? El sitio, la hora. ¡Una friolera! ¡Y doña Amelia que me lo encargó con tanto interés!..

PEÑ En estos lances es de rigor guardar el secreto.

GONZ. Secreto relativo. Casi siempre existen cincuenta ó sesenta personas que lo conocen y que se lo cuentan á los demás. Ahora no ocurre así. Padrinos y ahijados se volvieron mudos. Todos ignoran dónde y cuándo se baten; ¡todos!... Hasta el gobernador.

PEÑ. ¡Vamos! (Bebiendo.)

GONZ. Anoche se reunieron por última vez los padrinos. Se concertó el lance. A Rojas y á Martoria no les han visto el pelo. Lo único seguro es que padrinos y apadrinados no se encuentran en San Sebastián. ¿Dónde pueden estar?

PEÑ. En cualquier parte rompiéndose el alma. Probablemente al lado allá de la frontera.

GONZ. Presume usted...

PEÑ. Cogerían anoche un par de automóviles, ¡y ande la gasolina! ¡Pronto hemos de enterarnos!

GONZ. ¡Con tal que no haya una desgracia! Rojas tiene mucha bravura, pero tira poco. Martoria es un gran tirador.

PEÑ. Motivo para tranquilizarse. Los buenos tiradores llevan el arma donde quieren. Si ve en su contrario inferioridad, Martoria procurará herirle solamente. Es demasiado caballero para ser asesino.

GONZ. ¡Haga la suerte que usted no se equivoque!

PEÑ. (Luego de llenar otra vez la copa.) ¿Amelia...?

GONZ. Impresionada, nerviosísima, enferma. Ya ve usted, anoche fué preciso suspender la función; tuvo que guardar cama. Y hoy... ¡hoy estará!...

PEÑ. Mi hija y La Nuevalos han venido á enterarse, no sé si de su salud ó de la escena que provocó el duelo. Ellas dicen que de la salud. Las he acompañado y, como no es correcto colarse públicamente en la alcoba de las mujeres, estoy aquí, dialogando con esta botella. No debe ser grave la indisposición; las cuatro charlan por los codos.

GONZ. Para ella el disgusto es tremendo. Aparte su interés por Rojas, el escándalo. Pepita ha pasado aquí la noche; me dijo esta mañana que doña Amelia no había podido conciliar el sueño. Protesta que te protesta, llora que te llora...

PEÑ. Sí; lo de costumbre en las mujeres cuando ocurren estas trapatiestas. Primero las provocan y luego las rocían con lágrimas. (Llenándose otra vez la copa.) ¡Anímese usted! (Llenando la otra copa.)

GONZ. Por no desairarle. (Bebe.) Con la polvareda que ha movido el suceso, el crédito de doña Amelia...

PEÑ. Subirá. Un lance por su causa siempre realza á una mujer como ella. Y si muere uno de los dos... ¡el delirio! (Apurando la copa.) Ya salen. (Entran por la puerta de la derecha La Peñagrís, La Nuevalos y Pepita. Esta última sin sombrero.)

ESCENA III

LA PEÑAGRÍS, PEPITA, LA NUEVALOS, PEÑAGRÍS y GONZÁLEZ

PEP. (A González.) ¿Averiguaste?...
GONZ. No.
PEP. ¿Qué haces ahí tan quieto? Corre, pregunta, revuelve el mundo. ¡Está desesperada!
PEÑ. (A su hija.) ¿Qué tal sigue?
LA PEÑ. ¿No lo oiste? Desesperada.
LA NUEV. Y dale en que se ha de vestir. No hace bien.
PEP. Ya se lo dije yo. ¡Cualquiera la convence! Ha llamado á Andrea para que la ayude.. (A González.) Pero, ¿no vas? ¡Anda á escape, hombre, y trae noticias!
GONZ. Es viaje inútil. (Sale González por el fondo.)

ESCENA IV

LA PEÑAGRÍS, LA NUEVALOS, PEPITA y PEÑAGRÍS

LA NUEV. (A Pepita.) Decía usted que después de la cuestión Rojas...
PEP. Salió del hotel con don Antonio: un minuto después que Martoria y no hemos vuelto á verle.
LA PEÑ. Nosotras no supimos nada hasta por la noche, cuando anunciaron que suspendían la función y...
LA NUEV. ¡Parece mentira que por cosas tan insignificantes se maten los hombres!...
LA PEÑ. ¡Bah! No todos son lo picajosillos que Rojas. Si lo fuesen... ¡qué de lutos íbamos á ver!...
PEP. ¡Decir que á estas horas puede estar muerto uno de los dos!
LA PEÑ. No lo eche usted tan por lo trágico. Generalmente los duelistas son como los malos matadores, pinchan en hueso.
PEP. Sin embargo...

LA PEÑ Sí; lo de estos parece muy formal. (*A La Nuevalos.*) ¿Vienes?

LA NUEV. Sí.

LA PEÑ. (*A su padre.*) Anda, tú. Adiós, Pepita. (*Viendo que Pepita hace ademán de acompañarlas.*) No se moleste en acompañarnos. (*Suben por el fondo La Nuevalos, La Peñagrís y Peñagrís. Pepita, que ha llegado al fondo, se dirige hacia la puerta derecha. Cuando va á llegar aparece en ella Amelia.*)

ESCENA V

AMELIA y PEPITA

PEP. ¿Tras vestirse, deja usted su habitación y viene á esta sala? Es no quererse bien.

AMEL. En ningún sitio puedo estar. ¡Desde ayer vivo como loca!... ¡Esos dos hombres matándose por mí, por mi culpa!... porque yo he tenido la culpa. (*Ademán de interrupción en Pepita.*) ¡Yo!... No trates de decir lo contrario, la culpable soy yo... ¿Y Emilio?... ¡Emilio!... ¿No sabes nada?... ¿González no ha averiguado nada? (*Se dirige hacia el timbre que hay en la pared. Deteniéndose.*) ¡Llamar! ¿A qué voy á llamar?... A que me respondan lo de siempre: «No sé...» «No sé...» ¡Qué ira!... Todo el mundo á obscuras, yo desesperada y esos dos hombres frente á frente. ¡Frente á frente por mí! ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! (*Se deja caer en un sillón y rompe en sollozos.*)

PEP. (*Acercándose á ella y procurando consolarla.*) Vamos, tranquilícese usted. No vale exagerar tampoco. Acaso el encuentro...

AMEL. Ellos no van á un duelo de teatro. Tienen demasiado coraje para representar una farsa. Pelearán con furor, con odio... ¡No ves que los dos me aman!... ¡Yo no quería eso!... ¡Te juro que no quería eso!... ¡Qué mal hice, Pepa!.. ¡Qué mal hice!...

PEP. ¿En qué hizo usted mal? ¿Qué crimen ha cometido usted? ¿Lo es admitir una invitación y salir de paseo con amigos y amigas?...

Rojas, con sus pícaros celos, lo echó todo á rodar.

AMEL. ¡Ay!...

PEP. El verdadero culpable es Rojas queriendo privarla de cumplir aquellas atenciones imprescindibles en quien ocupa el lugar artístico de usted. ¿Que la corteja Martoria? Bueno. Porque la corteje, ¿vá usted á tratarle á zapatazos? En nuestro mundo hay que transigir. Si cerrásemos la puerta del cuarto á todos los que nos enamoran, nos íbamos á quedar sin público. Rojas no viene de una aldea para ignorar esto.

AMEL. ¿No es cierto que sí?

PEP. ¡A ver! ¡Solo que los hombres!... Ellos á lo que se les pone entre ceja y ceja y nosotras ¡cuidado!... No, usted no tiene culpa, la tiene él pretendiendo hacer de usted una esclava.

AMEL. Una esclava, sí. Haciendo lo que hice, demostré que conservo mi independencia. ¿Verdad qué hice bien defendiéndola? ¿Verdad que no hubo en mí delito? ¿Verdad que no le dí ningún pretexto serio para provocar la cuestión? ¿Verdad que yo no soy la culpable, que lo es él?... ¡Dí que sí Pepita, dí que sí! Necesito escucharlo. ¡Necesito que me lo repitan una y cien veces, á ver si en fuerza de oirlo repetir esta conciencia mía lo cree y se cansa de atormentarme!...

PEP. Lo diré y lo repetiré no cien veces, cien mil.

AMEL. ¡Calla!... La cobardía tras la culpa fuera indigna de mí. Ya que no otra cosa debo tener lo que un delincuente cualquiera, valor. Soy responsable de cuanto ocurra... De la muerte de uno de ellos, si uno de ellos llega á morir.

PEP. ¡Doña Amelia!...

AMEL Soy responsable. Lo son mi orgullo, mi arrogancia de criatura envanecida que solo se ocupa de sí y no respeta nada en los otros porque se juzga un ser superior, un Dios á á quien los otros deben adorar de rodillas.

PEP. Está usted muy excitada, muy nerviosa. Tenga un poco de calma.

AEML. Así soy yo; así es Emilio. ¡Así ha venido siendo esta vida nuestra: un infierno en el que todo era pelea por dominarse el uno al otro; hasta las caricias; un choque de egoismos y de soberbias al término del cual él me pierde y yo, vivo ó muerto, le pierdo para siempre también!

PEP. No tanto.

AMEL. ¡Que no!... Si vence me abofeteará el alma con su triunfo; me arrojará su desprecio á la cara. Si vuelve herido, ¿cómo acercarme á él, sin que me rechace, sin que sea cada borbotón de sangre suya una ola de odio é ignominia que me salpique y que me aleje?... Si muere... ¡No quiero que muera él! ¡No quiero que muera ninguno de los dos! ¡Un cadáver en mi vida! ¡¡Qué horror!!

PEP. No morirá Rojas, no morirá Martoria tampoco. Tenga usted confianza.

AMEL. Aunque viva, no puedo, no quiero verle. ¡Verle!... Sólo seguir aquí, en la casa, me es insoportable. Este sitio, donde ocurrió la escena, se desploma sobre mi espíritu. Los mismos criados, cuando se aproximan á mí, parece que me reconvienen con su obediencia silenciosa. Y no seguiré, no. Muerto ó vivo, me falta valor para verle cruzar esa puerta. A medida que se acerca el instante, comprendo que sería imposible. (Dirigiéndose hacia la derecha.) ¡Andrea!

PEP. ¿Qué va usted á hacer? (Entra Andrea por la puerta derecha.)

ESCENA VI

AMELIA, PEPITA y ANDREA

AND. ¿Señora?

AMEL. Nada, no. Luego te diré... Y tú, Pepita, vete... Estás rendida... No has dormido... (Con inconsciente nerviosidad.)

PEP. Poco importa.

AMEL. Márchate, sí. Ya estoy más tranquila... Además, necesito quedarme sola .. pensar... resolver... Si me ocurre algo, ya está Andrea.

PEP. Como usted ordene. (Entra en la habitación de la derecha.)

AMEL. Ni una noticia. ¡Qué martirio! ¡Qué terrible ansiedad! (Sale Pepita por la puerta derecha con el sombrero puesto.)

PEP. Vendré más tarde. Acaso haga falta...

AMEL. (Acompañándola al fondo.) Descansa, hija, no te molestes. (Sale Pepita por el fondo.)

ESCENA VII

AMELIA, ANDREA. Al final TERESA y un CRIADO por el fondo

AMEL. (Mirando un reloj que habrá sobre una mesa.) ¡Las doce!... ¿Habrá ocurrido alguna desgracia y me la ocultan? ¡Esta incertidumbre me destroza!

AND. (Acercándose á ella con solicitud.) Señorita, está usted matándose.

AMEL. ¡Ojalá y muriese de una vez!

AND. ¡Vamos, señorita!

AMEL. ¿No oiste que deseo estar sola? ¡Me estorbas! ¡Déjame! (Andrea contempla compasivamente á Amelia, y después sale por la derecha, mientras Amelia se sienta en una butaca, dando la espalda al fondo. Pausa brevísima, después de la cual aparecen en el corredor del fondo, sin entrar en la habitación, Teresa y un Criado.)

CRIADO Ya le he dicho á usted que no está.

TER. No importa, esperaré; es necesario que le espere. Esperaré donde usted me indique. (Amelia, al oir la voz de Teresa, levanta la cabeza y la vuelve en dirección del fondo. Al reconocer á Teresa se levanta. Teresa la ve.)

AMEL. ¡Teresa!... (Alto.)

TER. (Idem.) ¡Amelia! (El Criado se inclina y se retira. Teresa continúa en el fondo, en el corredor, sin entrar.)

ESCENA VIII

AMELIA y TERESA

AMEL. ¿Usted?...

TER. Yo.

AMEL. ¿Aquí?...

TER. (Avanzando y entrando en la habitación, en el fondo de la cual queda.) ¿Dónde si no cuando su vida está en peligro? Aquí únicamente puedo encontrarle y esperarle. ¿Que no debí hacerlo? ¿Que pisoteo mi dignidad? ¿Que ofendo mi orgullo? Se trata de su vida. Su vida me importa mucho más que mi dignidad de dama y que mi soberbia de mujer. Mire usted si me importa, que me resigno á interrogarla. ¿Qué sabe usted de ese lance? ¿Qué ha sido de Emilio?

AMEL. Lo ignoro.

TER. ¿Que lo ignora?

AMEL. Sí, para martirio mío lo ignoro.

TER. ¿Que lo ignora?... Bien que lo ignore yo; pero usted, usted la causante del duelo, usted que ha puesto un hierro en las manos de esos dos hombres, ¿cómo puede ignorarlo?

AMEL. ¡Señora!...

TER. ¿Como no se arrojó en brazos de Emilio. .—no para impedir que se batiera—no soy de las que llevan á un duelo al hombre adorado, pero no soy tampoco de las que le impiden acudir.

AMEL. ¡Teresa!

TER. ¿Cómo no se arrojó usted en los brazos suyos para conocer toda la verdad, y seguirle luego, y estar lo más cerca posible de él durante el peligro, y ser la primera en auxiliarle herido ó en llorarle muerto?

AMEL. El dolor enloquece á usted.

TER. Sí, loca estoy hablando como hablo. Usted después de provocar el lance, de poner á Emilio frente á la espada de Martoria, no

podía arrojarse en sus brazos, no podía seguirle; no puede auxiliarle herido, ó rezarle muerto. El heridor no se acerca á su víctima, la huye. (Con desesperada ironía.)

AMEL. Está usted insultándome y la prudencia tiene sus límites. (Con altanería y fiereza.)

TER. No, no quiero insultarla. Perdóneme si la ofendí. No he venido á eso. ¡Vengo á saber de él, á esperarle á él!... En este momento no miro en usted la rival preferida; veo una mujer digna de compasión y vengo por si él tiene la desgracia de caer herido ó muerto á ocupar el sitio que no puede usted ocupar.

AMEL. (Con sarcasmo.) ¿Y usted sí?

TER. Yo sí.

AMEL. ¿Usted?...

TER. ¿Por qué no? ¿Porque me dejó por usted? ¿Porque me ha abandonado? ¿Está usted segura de que me ha abandonado?... Hasta hoy, para usted y para él, fueron horas de placer todas las suyas. Llega—sí, llega—la primera hora de dolor. En esa hora, ¿de quién se acordará Emilio? ¿De usted ó de mí?

AMEL. (Alto, como si reflexionase en alta voz.) ¿Qué dice? ¿Qué dice que ni á contestarla me atrevo?...

TER. Digo que en horas de placer y de exhibición y de triunfo usted puede hacerle más feliz que yo porque es más hermosa, y más inteligente y más atractiva para halagar las pasiones de un hombre como él. Yo soy una pobre mujer, una criatura insignificante; no tengo grandes éxitos que ofrecerle. Apenas si me queda hermosura que darle; pero en mi humildad y en mi insignificancia sé lo que no sabe usted. Perdonar y sufrir.

AMEL. Teresa...

TER. Nosotras las mujeres que no sabemos comprender á los hombres superiores que nos favorecen con su amor, sabemos idolatrarles; y admirarles y respetarles, hasta en sus vicios y en sus pequeñeces. Hay en nosotras mucho de amantes, ¡cómo no! pero hay mucho también de hermanas, de madres...

Cuando la hora del dolor viene, son las madres las que mejor saben atenderlo y dulcificarlo. Por eso estoy aquí. No me haga la ofensa de suponer que he venido á reconquistar las caricias de un hombre. (Amelia ha ido siguiendo las palabras de Teresa, primero con asombro, después con interés, al cabo con dolorosa admiración.)

AMEL. (En un arranque de noble y dolorosa sinceridad.) No la ofendo; la admiro y me doy lástima.

TER. Amelia...

AMEL. Cierto. No somos nosotras, criaturas turbulentas que sentimos con la imaginación y no con el alma, hechas para endulzar dolores. Hechas estamos para provocarlos.

TER. ¿Usted...

AMEL. ¿Extraña que hable así? Hace usted mal. Concederme el derecho á ser noble.

TER. Señora...

AMEL. Sí, es cierto, desventuradamente es cierto. Nervios, sangre, sentidos, todo lo gastamos en la lucha por el éxito, por la gloria, y cuando bajamos á la realidad, bajamos destrozadas, rotas, sin alma, nuestra alma quedó allá en el mundo de la ficción y del aplauso. ¡Feliz Emilio que ha encontrado en el alma hermosísima de usted un alma con grandeza bastante para ser dos almas, la de usted y la suya! Feliz él; yo no he poseído, yo no he encontrado una alma así. ¡Quizás no la encuentre en el mundo! Compadézcame usted y ocupe el sitio que por fueros de su amor sublime le corresponde. (Se dirige á la puerta izquierda y la abre.) Ahí están las habitaciones de Emilio. Entre usted, aguárdele. Yo, suceda lo que suceda, no he de volver á verle. (Teresa hace ademán de dirigirse á Amelia, ésta la contiene con el gesto y señala la puerta de la izquierda. Teresa entra. Amelia queda un instante mirando hacia ella.)

AMEL. Sí. Ella es para él la vida entera. Yo... lo que él para mí, una locura que se desvanece... (Se dirige hacia la derecha.) ¡Andrea! (Entra Andrea por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

AMELIA y ANDREA

AND. ¡Señorita!

AMEL. Pronto, que me preparen un coche cerrado. (Amelia sale por la puerta de la derecha, que se cierra tras ella. Andrea se dirige hacia el fondo, en el que aparece González como trastornado y pesaroso. Al ver á Amelia se dirige á ella, que se ha detenido como sorprendida por la actitud de González.)

ESCENA X

ANDREA y GONZÁLEZ. A poco EMILIO, ANTONIO y NUEVALOS

GONZ (Con misterio.) ¡Viene!

AND. ¿Quién?

GONZ. ¿Quién va á ser? Rojas. Ahí lo suben.

AND. (Con susto.) ¿Muerto!

GONZ. No, mujer, herido. Una herida profunda.. Afortunadamente no es mortal.

AND. (Con temor.) ¡Y la señorita.. !

GONZ. No digas nada aún. Conviene prepararla. (Entran por el fondo Emilio, Antonio y Nuevalos. Emilio pálido y sosteniéndose en los hombros de Nuevalos y Antonio. Andrea sale por el fondo haciendo un gesto de dolor.)

ANT. (A Nuevalos.) Así; poco á poco.

EMILIO ¿A qué esas precauciones? (Con amarga ironia.) Pierde cuidado, no me muero.

ANT. Ya lo sé; pero te callas y obedeces. Descansa en este sillón mientras que se prepara todo. (Antonio, ayudado por Nuevalos y González, hace sentarse á Emilio en un sillón.)

NUE. Con tiento.

ANT. González, hágame usted el obsequio de mandar que recojan del carruaje las armas. (Sale González por el fondo.) Conde, hágame usted el obsequio de despedir á esos curiosos que esperan abajo. (Sale Nuevalos por el fondo también.)

ESCENA XI

EMILIO y ANTONIO. Despues AMELIA. Al final TERESA

EMILIO Ha sido más diestro que yo. Ganó la partida completa. (Se abre la puerta de la derecha y aparece en ella Amelia con sombrero y un guardapolvo. Al ver á Emilio hace un ademán de sorpresa y espanto.)

AMEL. ¿Qué (Avanzando.)

ANT. (Hace una indicación de que la herida no es grave.)

AMEL. ¡Emilio! (Dirigiéndose hacia él.)

EMILIO (Rechazándola con el ademán.) ¡No te acerques!... Entre nosotros ha concluído todo. ¡No te acerques, mujer!

AMEL. ¡Emilio! (Avanza. Luego se detiene.) ¡Tienes razón! (Se dirige á la puerta del fondo.) ¡Adiós! (Se detiene en la puerta á tiempo que se abre la puerta de la izquierda dando paso á Teresa, que al ver á Emilio, queda en ella inmóvil, sobrecogida, sin atreverse á avanzar.)

EMILIO ¡Adiós!... No eres tú, mujer, lo que siento; es que contigo se aleja también lo que por tu causa perdí: el amor de la única mujer que ha sabido amarme. (Teresa ha ido avanzando poco á poco y llega conmovida y emocionada al lado de Emilio. Este la ve.) ¡Teresa! (Bajando la cabeza avergonzado.)

TER. ¡Yo! (Arrodillándose á los pies de Emilio. Amelia hace un ademán en que se expresen el amor y el sacrificio juntos y sale por el fondo en la forma que dicte á la actriz su inspiración.)

EMILIO ¡Teresa! (Dejando caer su cabeza en el hombre de Teresa.)

ANT. ¡Animo!... ¡Y á curar esa herida!

FIN DEL ACTO CUARTO

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.
Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.
La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.
El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Amor de artistas, óomedia en cuatro actos y en prosa.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.